

2

ALGUNAS ELABORACIONES PROPIAS

Continuaré precisando algunas cuestiones referidas al modelo de estructuración subjetiva que he propuesto en los apartados 1.5. a 1.7. del capítulo anterior. Me interesa que la identificación se afiance dentro de la teoría psicoanalítica como un concepto metapsicológico que dé cuenta del surgimiento de lo psíquico en todo recién nacido. Para tales fines, he jerarquizado las modalidades *estructurantes* de la misma en desmedro de otras variedades que carecían de dichas funciones (las temporales, las oníricas, la de las masas, etcétera). En línea recta con ese objetivo presentaré algunas definiciones de la *identificación estructurante* que he ido elaborando con el correr de los años, que intentarán ir más allá de lo meramente descriptivo para situarla como categoría metapsicológica.

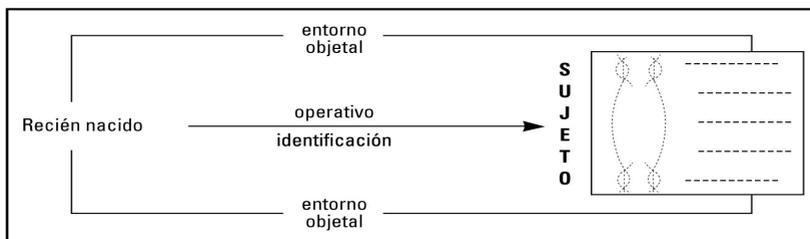
A renglón seguido abordaré la noción de *autoorganización*, a la que pretendo otorgar un lugar específico dentro de las dos definiciones de identificación estructural que propondré. Será un apartado extenso en el que dejaré especial constancia de los significativos aportes a mi pensamiento de las teorías de la complejidad y del caos; también habrá un reconocimiento a la obra de Ilya Prigogine, especialmente a sus elaboraciones sobre las estructuras disipativas.

Haré asimismo algunas consideraciones sobre la asimetría que caracteriza a la relación identificante y especificaré el destino de las identificaciones una vez que éstas se consuman.

Luego expondré un diagrama del sujeto con los atributos y características del mismo que considero fundamentales. De hecho ese esquema ha actuado –y lo seguirá haciendo– como telón de fondo de la cuarta parte de estos *Estudios Psicoanalíticos*. Insertado en las páginas 106 y 107 de este volumen, ya fue objeto de varias remisiones; las iré reiterando luego, desde distintos apartados siguientes. El contenido de este capítulo complementará lo sostenido en el anterior.

2.1. Unos esquemas como punto de partida

La formación del aparato psíquico en una criatura recién llegada al mundo implicará necesariamente la internalización del contexto familiar y social que la ha recibido en su seno. Se representan tales movimientos por medio del siguiente diagrama, que muestra la transformación del organismo viviente –que es el humano al nacer– en un sujeto, en el contexto objetal que le es propio. La parte derecha de la figura reproduce de un modo simplificado el diagrama insertado en 2.5.



Al final del capítulo anterior se manifestó que, como resultado de los procesos identificatorios de la primera infancia, que tenían su momento de cierre en la declinación del complejo de Edipo y el inicio del período de latencia, quedaba conformada la estructura psíquica de base del nuevo sujeto. Ella creará predisposiciones a las neurosis, psicosis, perversiones o trastornos límite de la personalidad. Se dijo también que cabía tener especialmente en cuenta la «metamorfosis de la pubertad» y el tan significativo período de la adolescencia, que contribuía de manera importante a la remodelación de esta organización psíquica basal. (Véase 1.7. del capítulo anterior). A la identificación que participa en todos los avatares recién descritos se le atribuyó un carácter inconsciente: ella ocurriría siempre a espaldas de los participantes de esos procesos.

Considero que la relación con lo inconsciente es un punto clave para pensar dicho concepto en psicoanálisis. Esa articulación entre identificación e inconsciente estará presente en todo lo que desarrollaré en este tomo. Incluso, cuando no aluda explícitamente a ella, deberá considerársela activa y operante; especialmente, en las identificaciones estructurantes del psiquismo. A lo largo de éste y del próximo capítulo se

examinarán, también, las exigencias que impondrá este enlace para la tarea clínica. La identificación, en su calidad de mecanismo estructurante de lo psíquico será un articulador teórico de primera magnitud para estudiar la internalización del contexto familiar y social que el protosujeto realizará desde el momento mismo del nacimiento; es decir, será un concepto clave para pensar la constitución de un sujeto en el seno de los vínculos con quienes le rodean. Al privilegiar el carácter estructurante de la identificación, haré bascular dicho concepto al rango de causa de lo psíquico.¹ Esta jerarquización implicó otorgar un peso determinante superlativo al psiquismo inconsciente de los objetos primarios en la construcción del nuevo sujeto. Si lo psíquico de un niño surgirá a partir de lo psíquico de los miembros del entorno familiar, las identificaciones nos acercarán al narcisismo parental constituyente y al sistema reticular deseante del cual surgió la nueva subjetividad, después de las bendiciones y catástrofes que lo ha constituido.

Los progenitores (pretendo subrayar con este término los aspectos estrictamente biológicos relativos al hecho de traer a un hijo al mundo), sólo devendrán padres –en el estricto sentido del término– si logran consumir la labor de engendrar un nuevo sujeto psíquico.

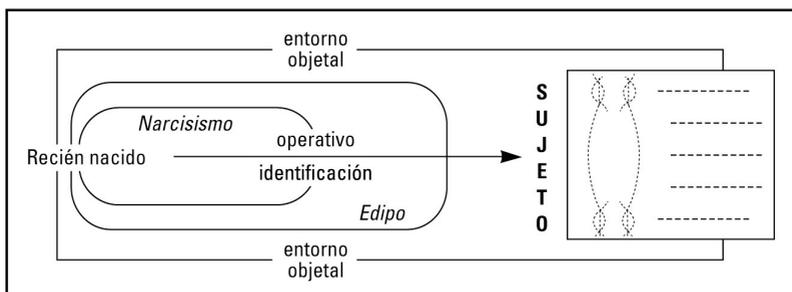
La generación de descendencia dentro de la especie humana consiste en algo más que la simple reproducción de la carne. Si fuera únicamente procreación biológica se trataría sólo de vida animal. La maternidad y paternidad humanas implican el engendramiento de un nuevo sujeto después del nacimiento; es decir: que el ensamble anatómico que sería el cachorro humano al nacer, se transforme en sujeto psíquico y social. Los padres –sujetos ya constituidos– funcionarán para el recién nacido como objetos primarios. Actuarán en relación al neonato con su aparato psíquico ya vertebrado y con actitudes corporales propias de organizaciones mentales que operarían a pleno rendimiento. Desde todas y cada una de las dimensiones psíquicas que les son propias –ellas han sido enumeradas en el lado izquierdo del esquema de las páginas 106 y 107 de este mismo capítulo–, los progenitores abordarán al organismo viviente que acabó de llegar al mundo y consumarán –mejor o peor– la tarea de psiquización del bebé.

Aunque el asunto será desarrollado y fundamentado en el apartado 3.5. del capítulo siguiente, anticipo ahora una hipótesis personal: con-

sidero que esos vínculos son de *carácter transferencial* en tanto los padres ponen en juego relacional sus estructuras psíquicas con el otro; en este caso: el bebé.^{2*}

El hijo será objeto para los sujetos madre y padre. Y el recién nacido –un candidato a sujeto; se lo definirá por ahora así– los tendrá a ellos por objetos. Se dirá, entonces, de manera esquemática, que el recién nacido devendrá sujeto por medio de un operativo que llamaremos identificación, realizado en el seno de las relaciones con sus objetos primarios en un entorno objetal dado.

En la estructuración identificatoria del candidato a sujeto, podemos distinguir cuatro tiempos principales: el de las primerísimas relaciones de objeto, comentadas detalladamente en 1.5. del capítulo anterior, el autoerotismo, el narcisístico y el edípico. No se trata estrictamente de una serie lineal ni de etapas preestablecidas, su instalación y los pasajes a momentos organizativos posteriores dependerá de las relaciones que se establezcan con los miembros del entorno objetal. Más adelante –en 2.4.2.2.– se precisará la temporalidad retroactiva y circular en juego; ella podrá atisbarse en el esquema siguiente:



Por razones de espacio, en este gráfico no se incluyeron las primeras relaciones de objeto post-natales (*presubjetividad*) ni al autoerotismo, que se continuaría con el narcisismo y las relaciones objetales edípicas.

En el espacio de interacciones múltiples que caracterizan al entorno familiar, se configuran efectos debidos al potencial identificante de los objetos primarios y a una sed identificatoria del candidato a sujeto. Freud –sabemos– puso el acento sobre todo en esta segunda vertiente, porque pensó la identificación como una ramificación de la actividad

pulsional –especialmente de la oral–. Entonces concibió al sujeto en formación como activo, incorporador e introyector. En la teoría freudiana, la identificación tuvo al protosujeto como agente y motor: el movimiento partía del *infans* y se dirigía al objeto para capturarlo a éste un rasgo y hacerlo propio. En otras palabras: *ptolomeísmo* matizado. Lacan, invirtió esa perspectiva: el sujeto –pasivo– era identificado activamente por el Otro. Se trataba de una concepción *copernicana*. En su antípoda, la kleiniana fue una concepción *ptolomeica* intensa. (Véase el esquema insertado en 4.7. del tomo 2).

Frente a la pregunta: ¿cómo surge un nuevo sujeto a partir de un recién nacido?, una respuesta escueta y contundente sería: **por identificación**. Es evidente que esta manera de responder apunta al meollo del asunto pero resulta limitada en tanto no desarrolla los diversos factores que intervienen en tales identificaciones. Estos aspectos serán descritos en los dos apartados siguientes.

Quedó claro por lo afirmado en la segunda mitad del apartado 1.5.1. de este mismo tomo, que para la constitución del autoerotismo, eran necesarias relaciones primigenias con los objetos y un repliegue posterior de la pulsión sobre la zona erógena, cosa que conllevaba una pérdida transitoria del objeto real externo (el pecho).^{3*} Esa pérdida generaba al mismo tiempo una ganancia de actividad psíquica en tanto quedaba instalado en la mente un objeto fantasmático, centro neurálgico de una nueva actividad psíquica. De manera concomitante a estos procesos acontecerían las identificaciones primarias, descritas en el apartado 1.6.1. del capítulo anterior. El narcisismo primario –definido como amor a sí mismo y como un estado en que las pulsiones toman por objeto a la representación unitaria del yo– sería el tercer momento de la estructuración subjetiva infantil. En su transcurso operarían las identificaciones narcisistas, descritas en 1.6.2. del capítulo anterior. La salida de este narcisismo implicaría el establecimiento de una objetividad más discriminada como es el caso de la edípica (momento 4 de la estructuración subjetiva infantil). A lo largo de estos cuatro tiempos actuaría el ya mencionado operativo identificación, que llevaría a cabo una triple tarea:

- Trasmutaría el organismo viviente del recién nacido en biología humana; es decir, en un soma atravesado por lo psíquico y social.

- Estructuraría al sujeto psíquico en todas sus dimensiones.
- Instituiría simultáneamente al sujeto social.^{4*}

2.2. Lo transgeneracional

La identificación es especialmente idónea para examinar la transmisión psíquica inconsciente entre generaciones. El traspaso de las pautas sociales y familiares a un nuevo sujeto es un evento ineludible, obligado. Esto ocurre siempre de manera compleja, por eso se impone estudiar microscópicamente tales procesos. La intimidad de la clínica psicoanalítica es útil al respecto y ella permitirá precisar de manera singularizada para cada caso:

- Cuál ha sido la relación libidinal entre el entorno objetal y el candidato a sujeto.
- Qué representaciones de sus objetos de identificación construyó el protosujeto.
- Cuáles fueron las variedades de identificaciones estructurantes –primarias (incorporativas o introyectivas), narcisistas, secundarias edípicas– que se consumaron.
- Qué rasgos psíquicos se han transmitido.
- Qué subestructuras psíquicas se han originado.
- Cuáles han sido las formas de internalización predominantes –¿introyectivas, incorporativas, otras?– de los rasgos y características de los objetos de identificación, sean estos familiares, o exogámicos. (Véase al respecto los apartados 5.3. y 5.3.4 del tomo 2).
- Qué efectos tuvo la tarea de autoorganización que el protosujeto ha realizado con los rasgos que le fueron transmitidos, tema que será abordado minuciosamente más adelante en el apartado 2.6.
- Cómo se realizó la integración de cada nueva marca inscrita con las ya existentes y de qué manera se reorganizó el conjunto.
- Cuáles han sido los impactos de las identificaciones postedípicas (véase 1.7. del capítulo anterior), sobre la estructura psíquica basal.
- Diagnosticar la predisposición hacia qué estructura clínica –neurosis, psicosis, perversión, trastornos límites– ha conducido dicha estructuración.

Postulo que en este proceso constitutivo, el candidato a sujeto no sería tan pasivo (como lo planteaba Lacan) ni tan activo (como decían Freud y Klein). Es un hecho fácilmente constatable que no todos los rasgos que se le ofrecen al niño, éste los acaba haciendo suyos. ¿Hará una selección en algún momento? ¿Existirán tempranamente afinidades y/o actitudes refractarias hacia determinados rasgos? ¿Con que bagajes propios llega el bebé al mundo? Enigmas, sin duda. A partir de la clínica es posible inferir que aquellos rasgos que el *infans* internalizó fueron incluidos en un nuevo sistema y acogidos en una constelación novedosa, por combinación con otros elementos. El sujeto así engendrado será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado. La clínica –la vida cotidiana, también– enseña que no se puede pensar la transmisión psíquica intergeneracional como si se tratara de un fotocopiado.

La traspaso de rasgos psíquicos de padres a hijos no puede banalizarse. A diferencia de la deducción genealógica, que está al servicio de una teoría de los orígenes y que se podría dibujar como un vector que va de “arriba hacia abajo” –es decir, de abuelos y padres a hijos– el procedimiento que utilizo en la clínica psicoanalítica implica *la reconstrucción del trabajo de engendramiento del nuevo sujeto psíquico*, tarea que sólo puede realizarse a partir del material aportado por el paciente en sus asociaciones libres. También será necesario tener presente –como ya se ha señalado en las puntualizaciones anteriores– que la inscripción de las representaciones internas de los padres y de los demás objetos que conforman la red vincular están teñidas por las proyecciones previas que el protosujeto realizó sobre éstos.⁵

Como vemos, lo social y familiar se internaliza con mediaciones. En la dirección opuesta cabe decir lo mismo: la relación del sujeto con su entorno pasa por el prisma de todas las dimensiones que configuran su organización psíquica. (Véase *infra*, el esquema del apartado 2.5).

2.3. Identificación, primera definición

La identificación estructurante es una operación subjetivante de carácter inconsciente que funda al sujeto psíquico.

Esta definición no abarca la multiplicidad de significados e impli-

cancias de la misma, pero condensa dos aspectos que me interesan remarcar especialmente: a) su carácter engendrante de instancias y sistemas psíquicos *estables y vitalicios* –perduran toda la vida– y b) que ocurra a espaldas de los involucrados en la misma: la identificación estructurante es inconsciente.

Quedarían fuera de la categoría *estructural* las identificaciones más o menos temporales, no permanentes; por ejemplo: las oníricas, las de las masas, las identificaciones imaginarias de diversos tipos, etcétera. La identificación histérica, que tanta trascendencia tuvo en el pensamiento psicoanalítico –porque su meollo era el deseo inconsciente– quedaría subsumida en la categoría de las secundarias edípicas.

El entorno objetal es el determinante fundamental de la constitución psíquica dado que es la fuente de rasgos identificatorios mediante los cuales se construye el sujeto. Traeré a colación, para comentarla luego críticamente, la definición que plantearon Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de Psicoanálisis, op. cit.*:

“[...] proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se diferencia mediante una serie de identificaciones.”

Sería una caracterización válida del concepto, pero llama la atención que no se haga ninguna referencia a la articulación de la identificación con lo inconsciente y que se afirme que ella acontecería entre dos sujetos ya constituidos: uno asimilaría un atributo del otro. Diría que esa definición sería pertinente sólo para las identificaciones postedípicas en tanto el niño ya se constituyó en calidad de sujeto psíquico. (Véase 4.6.5. del tomo 2). Desde mi perspectiva, considero prioritario remarcar:

- a) el aspecto *estructurante* de las identificaciones: éstas acontecerían en períodos en los que el sujeto no está aún constituido;
- b) que ocurran en la dimensión inconsciente;
- c) que tengan lugar con la mediación representaciones: quien se identifica las forja a partir de sus objetos de identificación;
- d) en el plano teórico insistiría en que es un concepto muy abstracto, metapsicológico y válido únicamente en el contexto de

las concepciones sobre la estructuración del aparato psíquico. Dicho por la negativa: no es un concepto “técnico” o “clínico”. En la clínica se intentará modificar aquello que la identificación estructuró. (Véase 3.6. de capítulo siguiente).

Un factor de gran incidencia en la estructuración psíquica es la reorganización retroactiva. Este procedimiento fue referido con detalle en 1.5.2. del capítulo anterior. La retroacción hace que aquello que se ha inscrito durante la triangularidad edípica resignifique al narcisismo que, a su vez, habría resignificado al autoerotismo. La idea de temporalidad retroactiva desmiente cierta vulgarización que se hizo del psicoanálisis al acusarle de que para él, la infancia lo determinaría todo.^{6*}

* * * * *

Se volverá al último esquema presentado y, mediante un par de aproximaciones, se examinarán nuevamente sus componentes.

2.3.1. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto.
Primer pasaje

Recién nacido: su soma supone la etapa culminante de una larga evolución embriológica y el punto de partida de otras peripecias que implicarán nuevas transformaciones. Su capacidad de erogenizarse se hará rápidamente patente al entrar en el campo erotizado conformado por sus progenitores y por el medio que le rodea. Inmerso en las redes psíquicas y corporales de sus padres, será allí presa fácil de una lengua que se encarnará en su cuerpo y en su habla.

Ese ensamblaje biológico será rápidamente capturado y violentado. Las excusas serían perfecta; y, además, verdaderas: se estaría ante un recién nacido en estado de absoluta indefensión, incapaz de resolver las más mínimas necesidades, es decir: en una situación de total dependencia. La ganancia de las dimensiones psíquica y social por parte de ese “organismo viviente” (Lacan) era tan evidente como oscuras seguía siendo la intimidad de los procesos que producían tales avatares.

Freud invocó para esas tinieblas a un “Dios laico”: la identificación; con ella dio nombre a algunos enigmas que estamos intentado desvelar.

Sujeto: será el punto de llegada; se estructurará en todas las dimensiones que aparecen descritas en el esquema insertado *infra*, en 2.5., sector izquierdo. Este proceso culminaría, habitualmente, al final del período de la sexualidad infantil –comienzo de la latencia– y sufrirá algunas remodelaciones en la adolescencia, momento especialmente activo en cuanto a las identificaciones se refiere.

Operativo identificación: en el espacio de interacciones múltiples que caracterizan al entorno familiar, se producirían efectos basados en el potencial identificante de los objetos primarios y en la sed identificatoria del protosujeto. Personalmente, y a diferencia de Freud, pongo el acento en el potencial identificante del entorno objetual; se trata de una posición más cercana al enfoque lacaniano.

2.3.2. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto.

Segundo pasaje

Recién nacido: movido inicialmente por sus instintos de auto-conservación el bebé hará una llamada a sus objetos primarios para solventar su subsistencia. En ese encuentro con el cuerpo y las producciones psíquicas de los agentes de la “acción específica” (Freud), el cachorro humano se irá “psiquizando”.

En la relación entre lo pulsional del *infans* –cuyas fuentes son corporales, aunque necesitan del objeto para constituirse– y los objetos primarios (constitutivos del entorno social), se irá labrando un lugar para la conformación de la psique del nuevo sujeto.

Se irán constituyendo en él las diversas dimensiones del psiquismo que aparecen en el esquema de 2.5. (deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, yoica, superyoica, edípica, transferencial) que, una vez establecidas, intervendrán en los subsiguientes procesos identificatorios.

Habría una causalidad recursiva en juego: los efectos de las identificaciones más precoces sentarían las bases para las siguientes, en una especie de movimiento helicoidal, que se iría complejizando gradualmente, tal como se verá enseguida en 2.4.2.2. Esto supondrá que las relaciones entre el niño y sus padres se enriquecerán de manera creciente, porque el psiquismo del infante irá adquiriendo mayor consistencia.

Sujeto: El final del proceso supone, habitualmente, la constitución de un sujeto que puede diferenciarse más o menos nítidamente de aquellos a partir de los cuales se ha estructurado (objetos de la identificación). El mismo movimiento que constituyó al sujeto psíquico provocó la formación de los objetos propios y específicos de cada una de dichas dimensiones; ellas pueden observarse en el diagrama del sujeto, pp. 106 y 107, en su lado derecho.

Operativo identificación: dará origen al conjunto de instancias y sistemas que configurarán la primera y segunda tópica freudiana; también al narcisismo y a las instancias ideales de la personalidad: yo ideal e Ideal del yo. Las identificaciones secundarias edípicas completarán la conformación infantil del aparato psíquico. Se realizará el atravesamiento de la castración y la articulación de narcisismo con lo edípico.

2.4. Identificación, segunda definición

*La identificación es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
Lo psíquico es lo social subjetivado.*

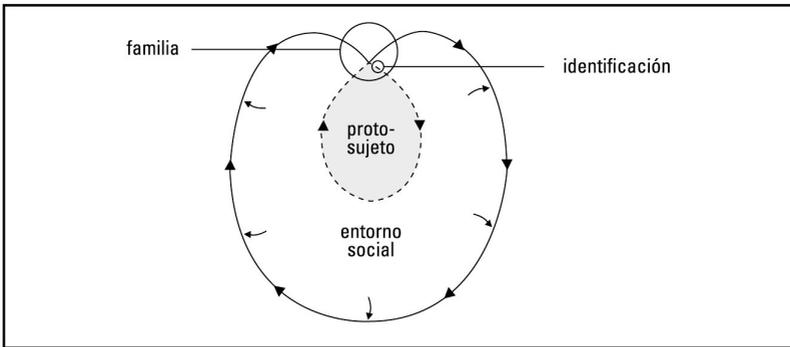
En la primera afirmación he parafraseado la definición freudiana de pulsión. La identificación sería inconcebible sin la alteridad; ella fue representada en los dos esquemas de las páginas anteriores mediante los términos *entorno objetal*. La segunda frase sería una derivación de la anterior, pero con una salvedad: habrá que evitar el solapamiento y la confusión entre ambos ámbitos: lo psíquico y lo social están interrelacionados, pero tienen legalidades de funcionamiento diferentes y objetos de estudio específicos. En el pasaje de lo social a lo subjetivo acontecerán cambios importantes. Freud ya había hecho un comentario crítico a la pretensión de Jung de “resolver los problemas de la psicología individual con la ayuda de material derivado de la psicología social”.

Los otros, la alteridad, el Otro y el otro de Lacan, habitarían en las entrañas del sujeto psíquico. La identificación sería impensable fuera del campo relacional; la intromisión (intrusión, invasión, irrupción) de los otros –el entorno objetal– no podría ser sino la regla. Lacan utilizó el sintagma “*inmixión de Otredad*” para referirse a la presencia del Otro

en el sujeto.^{7*} De manera insoslayable la alteridad formará parte de la estructura(ción) del nuevo sujeto.

El diagrama siguiente representa los momentos iniciales de la constitución subjetiva. En él se observa como lo psíquico de los Otros –la alteridad, el entorno familiar y social– “hace psique” en el *infans*. Lo psíquico del niño provendrá de lo psíquico de los otros; no surgirá, como ya se ha dicho, de su cuerpo ni de su sistema nervioso central.

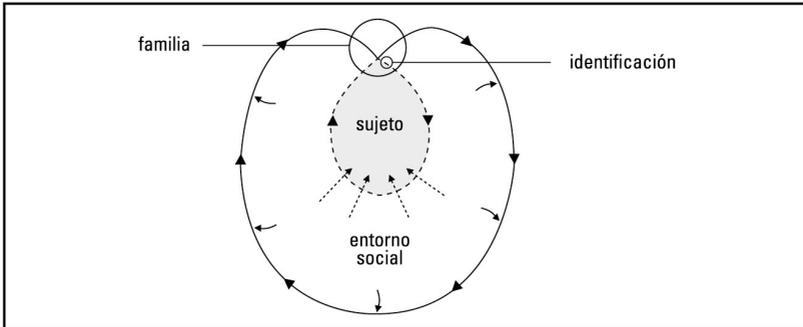
El entorno social penetra en el protosujeto por vía de lo psíquico de cada miembro de la familia. Ellos constituyen las diversas encarnaciones del Otro ante el candidato a sujeto. Las flechas laterales así lo muestran.



En el gráfico se ha marcado el sitio preciso en que la identificación operaría haciendo interno algo que, originariamente, era exterior al protosujeto. La identificación vehiculará lo psíquico y lo social que se trasmite de una generación a otra. Lo social se hace subjetividad por interpósita familia. En el diagrama se representó la siguiente interpenetración: *el sujeto está en lo social y lo social está en el sujeto*. La zona de cruzamiento de ambos espacios será el lugar de la familia, núcleo identificante inicial del candidato a sujeto. Los padres refractarán también sobre el *infans* el contexto social en el cual todos se hallan inmersos. Sin alteridad no habría sujeto.

El esquema siguiente –“hermano” del anterior– muestra lo que acontece una vez que *finaliza* la estructuración subjetiva infantil y comienza la de la pubertad y la adolescencia. Ya hay un sujeto constituido y pueden establecerse relaciones de sujeto a sujeto o de un sujeto con el Otro. El entorno social, formado por objetos sobre los cuales recaen

transferencias del sujeto ya constituido, no influirán sólo por interpósita familia: incidirán también de manera directa sobre él, según lo señalan las flechas rectas del gráfico que van desde el entorno social al sujeto.



Esta interpenetración y continuidad entre el sujeto y el entorno social –la alteridad; la Otredad, los otros– me ha conducido a desechar toda concepción en psicoanálisis que establezca una división tajante entre lo interno y lo externo al pensar las relaciones del sujeto con los otros.

La separación dicotómica entre mundo interno y mundo externo, tan cara a Klein –enfoque que fue reiteradamente aludido y puesto de relieve mediante múltiples citas en los diez capítulos que conformaron la segunda parte de estos *Estudios Psicoanalíticos* (Tomos 3, 4 y 5)– no se conjuga adecuadamente con las propuestas que planteo.^{8*}

2.4.1. Desvelar la traza inconsciente

Sostener con fundamentos psicoanalíticos sólidos que una identificación estará presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, supondrá haber llevado a cabo una larga tarea con el analizante y haber desvelado, descifrado, la traza inconsciente que estaba en juego. De lo contrario, serán meras hipótesis basadas en un uso psico-sociológico del término identificación, es decir, no psicoanalítico.

En el contexto de nuestra práctica clínica es imposible señalar *a priori* qué o quién ha sido objeto de identificación para el sujeto (salvo la hipótesis muy general, poco heurística y demasiado cliché de: “papá” o mamá”). Se tratará de esclarecer, primero, el elemento inconsciente en juego y, una vez apreciada la existencia de una identificación consuma-

da, se intentará precisar –siempre retroactivamente– quien ha sido el posible portador originario de ese rasgo hecho propio y **transformado** por el sujeto. Por ese rasgo mínimo, inconscientemente inscrito, el objeto en cuestión será considerado objeto de la identificación (Freud) o un objeto identificante (Lacan). Toda identificación estructurante consumada supondría –sobre todo en la concepción freudiana– la participación previa de la capacidad de introyectar o de incorporar del yo.⁹ Cabría considerar un paso más: la transformación de lo internalizado por esos mecanismos en *elementos intrínsecos y permanentes* del aparato psíquico. Probablemente, el término “apropiación” que Freud utilizó con cierta frecuencia en esta región teórica (véase 2.4. del tomo 1) aludía a ese paso adicional. Lo mismo podría decirse del término “asimilación” creado por P. Heimann y utilizado por Klein en algunas ocasiones. (Véase el apartado 9.8.5. del tomo 5). Por mi parte añado que ese “paso más”, necesario para el establecimiento de una identificación, marca cierta discontinuidad con el objeto: habría diferencias en el rasgo introyectado entre la estructura psíquica de origen y la de destino. Al hacer propio lo introyectado se lo transforma de facto. Se volverá sobre este asunto en 2.6.

Es evidente que existe transmisión de rasgos psíquicos de padres a hijos pero lo que el protosujeto construye a partir de ellos es, a la manera de una obra de arte, único. Si la estructuración subjetiva se hace en relación a los objetos libidinales primarios y a partir de constructos ofertados por éstos, su “producto” –el nuevo sujeto– es, en cierta manera, ajeno a lo parental. *Es extraño y familiar al mismo tiempo.*

Aludo aquí, por primera vez, al tema de “lo siniestro”, desarrollado por Freud en un artículo homónimo de 1919, que yo me he permitido articular desde un ángulo especial con la identificación: se tratará de la dialéctica peculiar entre lo extraño y lo familiar que acontecerá en todo proceso de conformación de un nuevo sujeto. En el apartado 3.7. del próximo capítulo se tratará este asunto desde una perspectiva clínica.

2.4.2. Los otros, el tiempo y el espacio analítico

Tres conceptos capitales en psicoanálisis y muy importantes en lo que a la teoría de la identificación se refiere. Por un lado, la alteridad será, como ya se ha visto, la fuente de las trazas psíquicas que se tras-

mitirán de manera inconsciente entre una generación y la otra. En cuanto al tiempo, se ha insistido en múltiples ocasiones sobre la necesidad de articular la teoría identificatoria con la temporalidad psicoanalítica basada en la resignificación retroactiva. Por último: el espacio. En las próximas páginas aparecerá mi adhesión clara a una concepción möbianna del espacio psicoanalítico, con lo que el interior del sujeto estará en continuidad con lo exterior y viceversa, en un intercambio permanente.

2.4.2.1. *Los otros*

La segunda definición que propuse al comienzo de 2.4., situó la identificación de manera plena en la perspectiva que subrayó *la primacía del psiquismo de los otros en la estructuración de un nuevo sujeto*. Esas palabras servirían al mismo tiempo para caracterizar la noción de *copernicanismo*. Esta importante línea de fuerza del proyecto de sistema identificatorio que he propuesto en 1.5. del capítulo anterior me ha alejado de los ingredientes filogenéticos, endogenéticos, innatistas y biologizantes presentes en la teoría freudiana y, más aún, en la kleiniana.

En cierto sentido se inscribe, con salvedades, en la perspectiva que Lacan abrió respecto de la identificación: la Otridad preexistirá al sujeto y lo determinará. La naturaleza de los objetos y de la Otridad lacaniana podrá captarse mejor tras las notas que sobre el espacio psicoanalítico se expondrán *infra*, en 2.4.2.3.

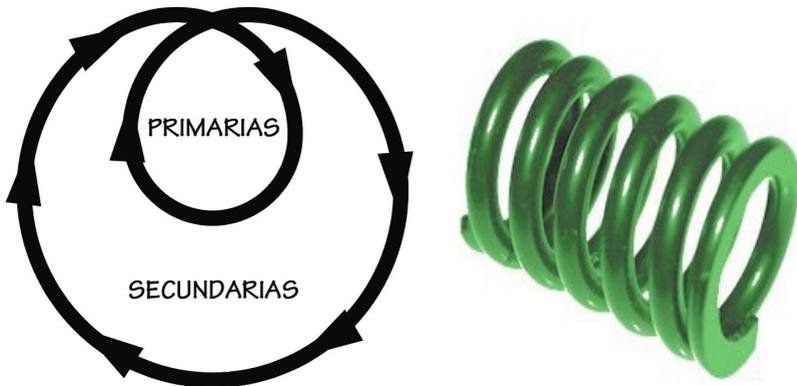
Me interesará subrayar que, a diferencia de la doxa lacaniana, la identificación, tal como la pienso, *promoverá un determinismo fuerte pero no absoluto*. El futuro de un sujeto no debiera concebirse *rígida y exclusivamente* determinado por el inconsciente parental ni sólo por los procesos estructurantes infantiles. Esos factores serán muy importantes pero no los únicos. Aunque allí y entonces se edificaron las bases del funcionamiento mental, ellas establecerán una *predisposición*, que tendrá un porvenir variable.

En otras palabras: no se generaron destinos ineluctables; al menos, no siempre. Además, cabrá tener en cuenta qué hizo el *infans* con las marcas identificantes que fue recibiendo y que otros acontecimientos vitales le tocaron vivir; ellos hubieran podido cambiar el curso de su existencia. En 2.6. se retomará este tema.

2.4.2.2. El tiempo

A las nociones de tiempo y espacio les adjudiqué un lugar importante en el sistema identificador que he propuesto; ellas aparecerán mayormente implícitas en las cuestiones que iré formulando. En otras oportunidades las haré explícitas, aunque las expresiones que utilizaré tal vez se confundan con los significados de esas mismas palabras en el lenguaje corriente. Presentaré brevemente mi pensamiento al respecto.

Se trata de una temporalidad y espacialidad *sui generis* por que están coordinadas con la concepción del inconsciente que he hecho mía y que he expuesto con detalle en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 72 y ss. Allí remito, para no reiterarme. Ella está basada –¿cómo no?!– en la temporalidad que se desprende de algunos textos freudianos y, parcialmente, en los tiempos lógicos de Lacan.^{10*} El tema fue tratado en los siguientes apartados de estos *Estudios Psicoanalíticos*: 2.5.5. del tomo 6; 5.10. del volumen 7; 7.8. del tomo 8 y, de manera sintética, en 1.5.2. del capítulo anterior Allí expuse también una parte de los resultados del procesamiento personal que hice de tales aportaciones. Quiero añadir en este contexto que mi perspectiva concibe un tiempo en psicoanálisis que tiene una estructura más bien helicoidal; es decir: que no es circular ni estrictamente cíclica: se pasaría por sitios similares pero, a niveles diferentes. Algo de esta concepción temporal se refleja –aunque parcialmente– en las siguientes imágenes.



El diagrama de la izquierda muestra específicamente esa concep-

ción de la temporalidad en la dialéctica entre las identificaciones primarias y las secundarias (edípicas y narcisistas). Esa figura posee en realidad un doble bucle continuo; es la superficie topológica conocida con el nombre de *ocho interior*.¹¹ En ella se grafica el trabajo –recursivo, reiterado en el tiempo– mediante el cual las identificaciones secundarias reorganizan y resignifican a las primarias, al punto tal que estas últimas terminan careciendo de manifestaciones clínicas directas por haber sufrido transformaciones significativas. Si ha habido un fracaso estrepitoso de las identificaciones primarias el proceso descrito no acontece.¹² También puede visualizarse esta labor recursiva y reiterada en el tiempo en el esquema insertado en 2.7 y en el segundo de los gráficos que aparecen en 2.1. de este mismo capítulo. La imagen helicoidal de la derecha ilustra otra forma de temporalidad circular prevalente, según creo, en muchos procesos psíquicos: se pasaría reiteradamente por un sitio similar pero, en otros momentos y con niveles más avanzados de la organización psíquica. La temporalidad psicoanalítica muestra modulaciones múltiples. Freud, con el concepto de significación retroactiva y Lacan con sus tiempos lógicos complejizaron la noción de tiempo; éste dejó de ser lineal. La noción de repetición con diferencias rompió también con una concepción estática de la temporalidad: lo que es siempre igual a sí mismo queda fuera del tiempo. No hay continuidad que se sostenga sin alteraciones. Es indudable que los rasgos psíquicos transmitidos vía identificación se mantienen a lo largo de toda la vida pero también podría decirse con seguridad que ellos se han ido transformando.

Fuera de nuestra disciplina, Kurt Gödel describió en 1949 la curva temporal cerrada^{13*} Esta concepción de la temporalidad es contraria a algunas de las series freudianas más conocidas, que están basadas en tiempos lineales; a saber: las secuencias oral → anal → fálica; autoerotismo → narcisismo → relaciones de objeto; narcisismo primario → narcisismo secundario (que también sería cronolineal aunque reversible, según el vienés) y otras. También se opone a las postuladas por Abraham y Klein en sus modelos de desarrollo evolutivo de la libido (véase el aparato 2.6.3.1. del volumen 3). En la teoría de la complejidad las actividades autoorganizativas están inmersas en tiempos no estáticos ni lineales, sujetos a ritmos múltiples, cambiantes.

La cura analítica sería el lugar idóneo donde el analizante podría

hacer la experiencia de los tiempos propios del inconsciente y del espacio que le sería solidario. Allí comprobará, también, como el presente podría incidir sobre el pasado –vía resignificación– pero también sobre el futuro, cuando algunos anacronismos dejaran de existir.

2.4.2.3. *El espacio analítico*

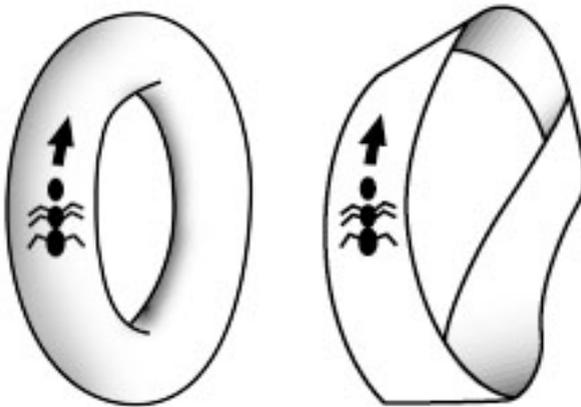
El espacio inherente al sujeto psíquico es topológico (móbiliano) y no euclidiano. Se trata de un espacio simbólico, de combinatorias, que poco tiene que ver con el espacio como intuición *a priori* que propugnó la estética kantiana. Las categorías físicas, ontológicas, geométricas e, incluso, psicológicas del espacio se vieron afectadas por lo inconsciente.

Además, toda concepción identificatoria, sobre todo si es *copernicana*, tendrá que dar cuenta acerca de cómo lo originariamente externo al sujeto devino interno; es decir: parte constitutiva de él. De ahí la importancia que adquiere la manera de entender las relaciones entre el exterior y el interior. A partir de la banda de Möbius fue posible pensar desde una nueva perspectiva, las relaciones entre lo psíquico y la llamada realidad externa. Ellas estarían en intercambio permanente. Los escritos freudianos no sólo reflejaron un flujo en ambas direcciones entre exterior e interior sino que ofrecieron, además, una forma original de pensar dicha relación. Podría desprenderse de sus textos una interrelación constante de ambos ámbitos mediante mecanismos a doble vía; los internalizantes serían: introyección, identificación, incorporación, interiorización y apropiación; entre los que se dirigirían en sentido contrario cabría mencionar: proyección, externalización de la huella mnémica desiderativa (extrayección), sublimación y los fenómenos de transferencia. Estos pasajes bidireccionales de materia psíquica fueron la forma freudiana de establecer cierta continuidad entre el interior y el exterior.^{15*}

Pese a la originalidad de los aportes freudianos y algunas intuiciones geniales –que marcaron una verdadera transformación respecto de como se entendieron hasta entonces las relaciones entre el sujeto y los objetos de su entorno–, el modelo que las presidió era el de un *tabicamiento poroso* entre interior y exterior, que permitía pasajes fluidos en ambas direcciones. Pero se trataba, en última instancia, de compartimientos separados. La novedad que aportó Lacan, apoyándose en algunas su-

perfiles topológicos, fue la continuidad entre ambos espacios; por lo tanto, dejó de haber tabiques y compartimientos estancos; cada espacio mantenía sus especificidades pero habría continuidad entre ellos.

La cara única de la banda de Möbius y la botella de Klein (uniláteras) dieron soporte a esta nueva manera de pensar dicha relación. Muestran cierta torsión del sujeto que se vuelca hacia “dentro” y se expande hacia “fuera” y, a la vez, ilustra como el exterior “inmisiona” al sujeto. Los propios conceptos de interior y exterior quedaron cuestionados al ser pensados desde la perspectiva que otorgaba la banda. El siguiente diagrama permitirá captar rápidamente las diferencias sustanciales entre un modelo de tabicamiento impermeable –no poroso– entre interior/ exterior y otro, möbiiano, que reflejará la continuidad de los dos ámbitos.



La hormiga que realiza su paseo por la cara externa de un toro jamás pasará a su interior. Muy diferente es el recorrido por la banda de Möbius.

El *hablanteser* habita en el espacio de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real, que son los registros esenciales de la experiencia analítica de un sujeto. Allí es dónde mora *el esebarrado*. Hijo de *lalengua* –al decir de Lacan– este sujeto, deseará y gozará^{16*}, habitará un espacio y un tiempo singulares –el de la experiencia analítica–, que en modo alguno deberían ser pensados como sus homónimos de la estética trascendental, surgidos de la intuición pura kantiana.¹⁷

Y seguramente también será distinto de los posibles homónimos de

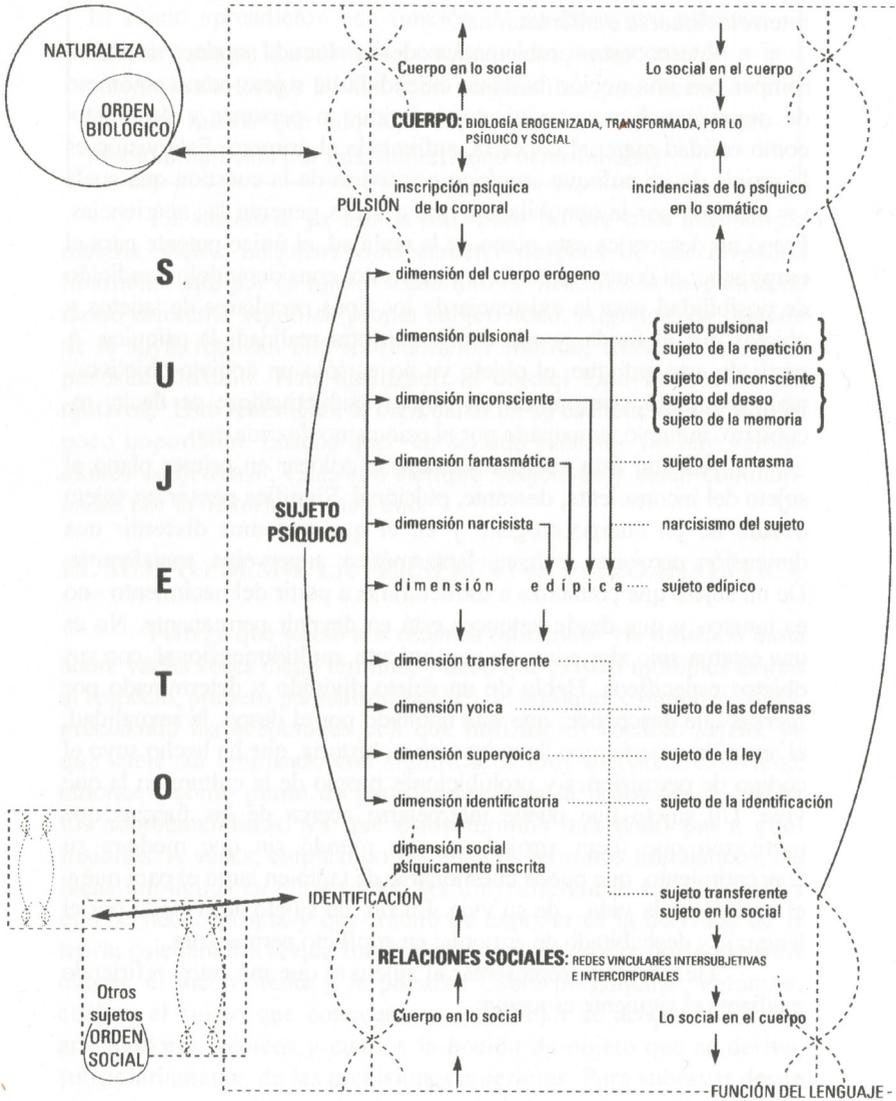
otras filosofías. Cada disciplina tiene, sin duda, un objeto de estudio específico y diferente. El psicoanálisis, al igual que la filosofía, la antropología, la sociología, la etnología y demás disciplinas afines, tienen los suyos. De manera coherente con estas formulaciones, los objetos de ese sujeto tampoco tendrán las características tridimensionales, tan caras a la geometría euclidiana y al sentido común. Han de ser también topológicos los objetos que permitirán la mentada *inmixión de Otredad*.

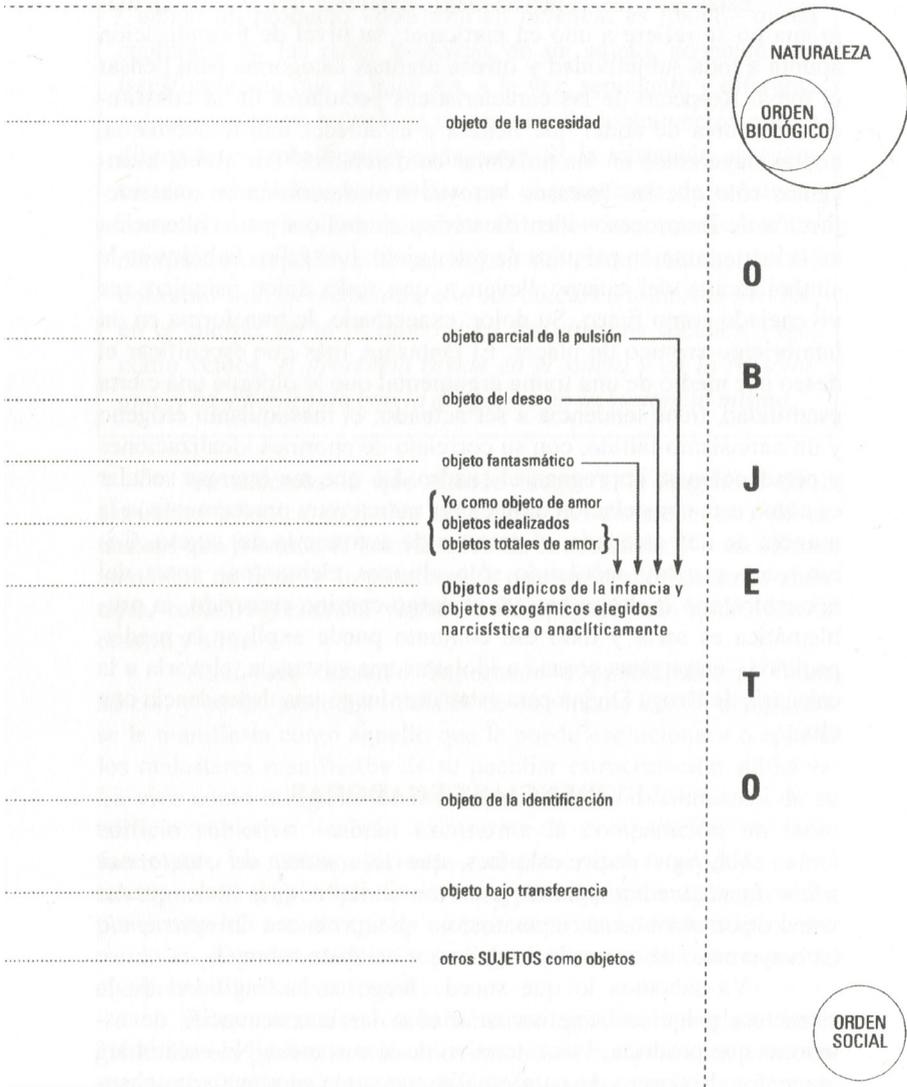
Tal vez sea útil recordar que esa *inmixión* participaba de muchas fórmulas y matemas lacanianos, a saber: el inconsciente es el discurso del Otro; el Ideal del yo es el ideal del Otro, que se escribe $I(A)$; el síntoma es el significado del Otro: $s(A)$; el yo es la imagen del otro: $i(a)$; el deseo es el deseo del Otro: $S(\bar{A})$ [significante del Otro barrado, es decir, el Otro en tanto deseante]; la pulsión que articula al sujeto del inconsciente con la demanda [$\$ \ll D$] se estructura en el campo del Otro. Para más detalles sobre las relaciones entre estos matemas y las identificaciones, véase el grafo del deseo incluido en el apartado 6.2.1. del volumen 8. La práctica psicoanalítica entra en colisión con el espacio euclídeo; el espacio propio del análisis se revelará por medio de actos de palabra que serían los que dibujan sus *fronteras*.¹⁸

2.5. El diagrama del sujeto

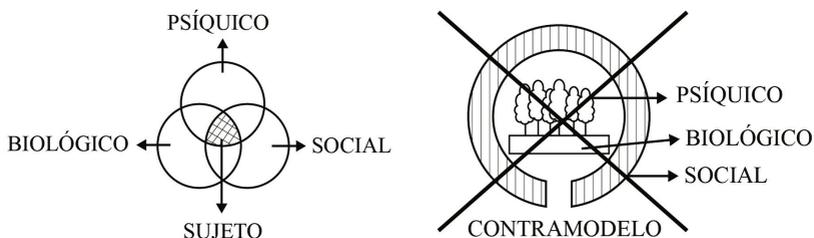
El esquema que se presentará en las páginas subsiguientes fue elaborado con la intención de mostrar los componentes *estructurales* de la organización psíquica con la que emerge el sujeto tras los procesos identificantes de la primera infancia. Conviene imaginarlo como una especie de cartografía no planar, volumétrica y en movimiento. El diagrama fue generado de manera tal que condensa las articulaciones y los conceptos freudianos más importantes sobre la organización psíquica, que él dejó esparcidos por diversos lugares de su extensa obra. En este contexto, fueron recopilados desde la perspectiva de la relación sujeto–objeto. Es imposible saber si el propio Freud consideraría *freudiana* esta sistematización que he introducido en su producción. De todas maneras, creo que es suficientemente respetuoso del espíritu y de la letra del vienés respecto de la organización subjetiva, en tanto incluyó lo esencial de la primera y segunda tópicas, las pulsiones, el cuerpo erógeno, el narcisis-

mo, las instancias ideales de la personalidad, las problemáticas ligadas a los complejos de Edipo y de castración, las dimensiones fantasmáticas, transferenciales y otras. Se trata de los conceptos fundamentales psicoanálisis que dieron nombre a las distintas vertientes y dimensiones psíquicas que aparecen del lado izquierdo del diagrama. Se tuvo también en cuenta los entrelazamientos de lo psíquico con lo corporal –tema tratado desde diversos ángulos por el vienés– y con lo social, problemática esta última que abordó sobre todo en la última década de su producción. Subrayaré en primer lugar la presencia de tres vertientes entrelazadas que pueden observarse en el sector izquierdo del diagrama: el cuerpo, la psique y las relaciones sociales. Por sujeto entiendo, justamente, esa amalgama de lo corporal, lo psíquico y lo social. El sujeto psíquico se entrelaza con lo biológico y lo social y, a la vez, despliega su existencia en esos mismos territorios. Las tres vertientes serían, desde mi perspectiva, indisociables. Todo acto psíquico implicará, *siempre*, la co-presencia de las mismas. Esta aproximación al sujeto –que es distinto al \$ de Lacan– supondrá trazar las fronteras diferenciadoras entre lo psíquico, el cuerpo y lo social y, a la par, pensar las articulaciones que los ligan íntimamente entre sí. En ese estudio, se impondrá evitar tanto los reduccionismos (psicologistas, biologists, sociologists) como las diluciones de las especificidades propias de cada una de las vertientes del sujeto. Lo inconsciente ocupa un lugar clave en el sujeto psíquico. En lo que al tema central de estos *Estudios Psicoanalíticos* se refiere convendrá observar el sitio preciso en que quedó situada la identificación: ella aparece conectando a los otros –la alteridad– con lo psíquico; fue otra manera de escribir aquello de que la identificación sería un concepto puente entre lo psíquico y lo social. La pulsión, en cambio, fue situada en el entrelazamiento del cuerpo con lo psíquico. En la zona derecha del diagrama se señalaron los objetos propios de cada dimensión psíquica. Podrá percibirse también la presencia en el esquema del pensamiento lacaniano a través de la importancia que otorgo al lenguaje en el proceso estructurante. Todo recién nacido es arrojado a un universo hablado donde la función del lenguaje será antes la de amarrar al humano al mundo que instrumento del conocer o comunicar. Durante su estructuración padecerá/gozará de esa inmersión en el discurso hablado y tendrá que hacer propia la lengua de su entorno. Será un don que recibirá.¹⁹





Un aspecto importantísimo del esquema –la intrincación indisociable de lo psíquico, lo social y lo biológico en cada sujeto–, se representará de otro modo a través del diagrama que aparece en el sector izquierdo de siguiente figura. El sujeto, tal como lo entiendo está representado por la zona triangular sombreada de dicha imagen. El diagrama de la derecha sería el contra–modelo de lo que propongo; en él aparece lo psíquico sustentándose sobre lo biológico –como si lo primero fuera una excrescencia de lo segundo– y el conjunto psique-soma estuviera envuelto por lo social.



Comenzaré precisando las acepciones con que utilizaré el vocablo *sujeto*, ya que suele ser empleado con significados muy dispares. Convendrá como punto de partida deshacer las polisemias y aclarar los sobreentendidos. A veces, empleando los mismos términos, las ideas implícitas en ellos suelen ser muy diferentes. La perspectiva que he hecho propia y que trataré de exponer fundamenta al sujeto sobre dos conceptos claves: el inconsciente y la pulsión. Cabrá preguntarse, entonces, cuál será el sujeto que concordará o que mejor se acoplará con estos articuladores teóricos y cuál será la noción de objeto que se derivará, subsidiariamente, de las precisiones anteriores. Para subrayar desde el comienzo una diferencia clave con las concepciones filosóficas y gnoseológicas clásicas, diré que el psicoanálisis no opuso el sujeto al objeto; más bien teorizó los modos en que ambos se relacionaban e interaccionaban. Pensar esta problemática dentro del psicoanálisis supuso, también, romper con una noción bastante extendida de sujeto como sinónimo de organismo humano viviente, individuo o persona; y de objeto, como entidad material concreta, enfrentada al primero. Esta visión sería la propia de un enfoque empírico-positivista de la cuestión,

que suele ser alentada por la obnubilación que generan, a veces, las apariencias. No se desconocerá este plano de la realidad, el único patente para el empirismo; por el contrario, se lo dará por supuesto, considerándolo condición de posibilidad para la existencia de los tipos peculiares de sujetos y objetos que procesará el psicoanálisis y que configurarán otra realidad: *la psíquica*. A partir de este enfoque, el objeto ya no será sólo un «objeto-objetivo», real; se tratará siempre de un objeto “subjetivado”; es decir, percibido a través del prisma psíquico de cada quien: será un objeto embebido, envuelto, atravesado por las transferencias del sujeto. El psicoanálisis ha roto el mito de la “objetividad”.

Adoptar esta perspectiva supondrá colocar *en primer plano al sujeto del inconsciente, deseante, pulsional*. Además, se podrá discernir en él las siguientes dimensiones: narcisista, edípica, fantasmática, super-voica, transferente, etcétera. (Sector izquierdo del esquema). Habrá que pensar que ese sujeto estará dotado de un cuerpo *erógeno*. Se tratará de un sujeto que comenzará a estructurarse a partir del nacimiento –no es innato– y que desde entonces estará en devenir permanente. No es una estatua sino algo vivo, en movimiento, multidimensional, con sus objetos específicos. Hablo de un sujeto dividido y determinado por fuerzas que desconoce; que está habitado por el deseo, la sexualidad, el amor, la muerte; que llevará inscrita su historia, que ha hecho suyo el código de permisiones y prohibiciones propio de la cultura en la que vive. Hago referencia a un sujeto que podrá interpelarse acerca de las fuerzas que motivaron que fuera arrojado a este mundo sin que mediara su consentimiento, que pueda cuestionarse de tanto en tanto el para qué y el sentido de la vida..., de su vida. En fin, un sujeto atravesado por el lenguaje y deshabitado de armonía; en conflicto permanente.

Estas son las características generales del sujeto, tal como lo pienso. El diagrama no se refiere a ningún sujeto en particular; su nivel de formalización apunta a todas las subjetividades y ofrece algunas categorías universales para pensar cada caso en particular.

2.6. Autoorganización. El sujeto como estructura disipativa²⁰

El surgimiento de un nuevo sujeto psíquico supondrá la gestación de una estructura compleja, abierta y activa que se caracterizará por tener

intercambios constantes con el medio y por estar alejada del equilibrio. O por mantener casi siempre equilibrios inestables, pese a que muchas de sus zonas tienden a lograr cierta estabilidad y la preservan durante algún periodo. Al decir de Ilya Prigogine, ningún sistema complejo estará permanentemente estabilizado en sus diversos componentes. En todo caso serían equilibrios transitorios, plenos de oscilaciones; la estabilidad relativa se lograrían mediante ajustes y reajustes constantes. Él calificó con el término de *disipativas* a estas organizaciones y las diferenció de las estructuras en las que predomina el equilibrio.^{21*} Debo a este autor no sólo el conocimiento de este tipo de sistemas sino y también el de los conceptos de autoorganización, de adaptación, de generación de propiedades emergentes ante situaciones muy turbulentas o caóticas; asimismo, el de fenómenos irreversibles.

Quiero expresar mi reconocimiento a este pensador de origen ruso, tempranamente afincado en Bélgica, que hace aproximadamente tres décadas me abrió un campo nuevo e hizo que se disparasen en mí interrogantes y conexiones aceleradas entre su mundo científico y algunos temas psicoanalíticos que yo venía trabajando. Me impactaron especialmente sus estudios sobre la dinámica de los sistemas alejados del equilibrio; es decir, aquéllos que solo podrían existir en base a intercambios con su entorno. Estas ideas, con las consabidas adaptaciones conceptuales, podría aplicarse a todo ser humano y al sujeto psíquico.

Si empleara el mismo lenguaje que utilicé en los volúmenes anteriores para referirme a los procesamientos de las disciplinas afines realizadas por Lacan (véase 1.4. del volumen 6), diría que he llevado a cabo una “apropiación más transformación” —una A+T según la abreviatura allí propuesta— de algunas tesis de la teoría sobre la complejidad, para aplicarlas a mi manera de pensar el psicoanálisis.^{22*}

Cómo no impactarse cuando en contraposición con cierto anquilosamiento de nuestra disciplina, más la voluntad expresada por muchos pacientes de alcanzar “el equilibrio” como meta de sus vidas —en otros términos: la pretensión de volverse perfectos obsesivos para tener todo controlado—, se leían frases como las siguientes en los textos de Prigogine: lejos del equilibrio la materia adquiría nuevas propiedades; En el reino de la complejidad, no existiría lo lineal y el factor temporal siempre estaría presente, interviniendo como una variable interna. Habría multi-

plicidad de estructuras entrelazadas por medio de vínculos que también se irían modificando. La noción de procesos irreversibles también forma parte del andamiaje conceptual de la teoría de la complejidad. Para ella no todo está previsto: las transformaciones constantes y la generación de nuevas combinaciones pueden conllevar sorpresas. Pero esto no significaría ignorancia acerca de las posibles reacciones del sistema. El azar habría encontrado un lugar. Prigogine elevó a la categoría de objeto de estudio al caos, a la incertidumbre, al cambio y a lo azaroso, vocablos que en el lenguaje corriente no tenían demasiada buena prensa. La idea de sistemas disipativos no sólo rompió con el concepto de simetría del espacio euclídeo sino también con una noción simplista del tiempo. Por esas vías creó una nueva historicidad. Sus interrogantes y respuestas sobre el espacio, el tiempo y el surgimiento del universo han sido de incalculable valor.

Mi relación con su pensamiento no fue de fascinación; tampoco de veneración. Simplemente, hacía trabajar mis ideas; iba –como lanzadera– entre su mundo y mi mundo psicoanalítico. Me ayudó a arrojar luz a zonas teóricas en penumbra. En relación al tema central de estos *Estudios* me permitió pensar al sujeto psíquico –incluso al incipiente– como una estructura disipativa, es decir, como un sistema en perpetua formación y transformación. En otros términos: tejidos vivos, en movimiento, con posibilidades de metabolizar las influencias externas, *capaces de reaccionar con respuestas originales a las imposiciones del entorno y también a las turbulencias de origen interno*. Un sujeto que, por lo recién dicho, sería también intrínsecamente creativo. A partir de entonces y a medida que fue pasando el tiempo comencé a cuestionar algunas verdades que parecían definitivas; por ejemplo, dejé de concebir al candidato a sujeto como pasivo –a la manera de Lacan–; es decir: como un sujeto que fuera sólo efecto de los significantes que se le implantaban. Pero también conjeturé un tipo posible de actividad para el infante diferente de la que le había adjudicado Freud, basada en lo pulsional, buscadora de rasgos psíquicos de los objetos para internalizarlos y hacerlos propios. Y asimismo distinta a la hiperactividad que le otorgó Klein a su niño en los menesteres identificatorios: un pequeño *samurai* que batallaba impulsado por la energía de los instintos y se relacionaba con los objetos externos para acabar generando sus propios objetos in-

ternos. Prigogine me permitió pensar —o más bien imaginar— una actividad del niño distinta de las que le habían asignado Freud y Klein.

Otros pensamientos suyos: la vida se caracterizaría por la inestabilidad; el futuro estaría abierto a procesos constantes de transformación y de aumentos de la complejidad, se trataría de una creación continua. Ésto era justamente lo que yo percibía en mis analizantes cuando acababan satisfactoriamente sus análisis. También lo percibía en mí mismo.

¿Nadie había expresado estas ideas antes? Sí. Tal vez muchos ya lo habían comentado, dentro y fuera del psicoanálisis, pero en este último percibía una gran entropía, una tendencia exagerada, a mi gusto, a repetir conceptos manidos más que a recrearlos; un perpetuo salmodiar lo ya sabido de las teorías conocidas, en vez de renovar las categorías que se suelen emplear. Entre otras cuestiones, la teoría de la complejidad colaboró para que pudiera pensar la identificación como un mecanismo complejo, alejado de determinismos lineales y de inscripciones que marcaban a fuego. Las inflexiones que introduje en la concepción de la estructuración psíquica me llevaron también a cambiar mi forma de abordar las identificaciones en la clínica, tal como se verá a continuación y, también, en varios apartados del capítulo siguiente.

Intentaré desarrollar con más detalles algunas de las ideas recién comentadas, a través de los siguientes apartados:

- 2.6.1. Características y propiedades generales de los sistemas complejos
- 2.6.2. Las estructuras disipativas
- 2.6.3. El sujeto psíquico como estructura disipativa
- 2.6.4. La identificación: complejidad, determinismo y azar

2.6.1. Características y propiedades generales de los sistemas complejos

Como en muchas otras ocasiones, utilizaré puntualizaciones para enunciar de forma sintética los aspectos más importantes del tema.

- Los sistemas complejos serían abiertos y en permanente intercambio con el medio; pese a esa apertura, no carecerían de fronteras. Deben ser pensados mediante categorías que refieren modi-

- ficaciones, formación de nuevas constelaciones o combinaciones, generación de relaciones en red.
- En estos sistemas los flujos suelen ser muy intensos; por esta razón atravesarían con frecuencia por situaciones de inestabilidad que inducirían actividades reorganizadoras, que casi siempre acaban con la generación de nuevas posiciones alejadas del equilibrio.
 - Estarían en perpetuo movimiento siguiendo la secuencia: organización → desorganización → nueva organización; en estos últimos estados pasarían por momentos de equilibrio, aunque en términos generales no suelen permanecer mucho tiempo iguales a sí mismos. En ese aspecto percibo una resonancia con la formulación a \neq a que Lacan relacionó con *significante*; éste sería refractario al principio leibniziano de identidad. (Véase los apartados 5.3. y 6.4. de los tomos 7 y 8 respectivamente).
 - Los estados mencionados serían erráticos; los momentos en que se desencadenarían, serían impredecibles. La entropía del sistema sería alta y si las fluctuaciones deviniesen muy intensas podría llegarse al borde del caos. Inmerso en esas condiciones, al sistema se le abrirían dos caminos posibles: uno, hacia la involución y otro, más favorable, hacia una organización nueva y más compleja que la anterior. En estos casos –aunque no sólo en ellos– se produciría un pasaje desde lo complejo a niveles de mayor complejidad.
 - Suelen mostrar una extrema sensibilidad a su entorno y a los estímulos que reciben en cada momento, sean externos o internos.
 - Pueden presentar respuestas muy variables frente a un mismo estímulo. No siempre son las mismas; no rige la linealidad causa → efecto en los sistemas complejos. (El tema de la causalidad en psicoanálisis puede leerse en 7.10. del tomo 8).
 - Cada sistema sería altamente singular; la complejidad aumentará exponencialmente si coexisten e interactúan varios sistemas complejos. Se considerará como uno de los prototipos de esa coexistencia a la familia y a las interacciones entre todos sus miembros, incluido el candidato a sujeto psíquico. Ese conjunto podría ser considerado como un sistema hipercomplejo en interacción.^{23*}
 - A mayor complejidad del sistema mayor incertidumbre respecto de sus comportamientos y sus reacciones. Estas últimas serían ha-

bitualmente singulares, renovadoras, propias y específicas de cada sistema complejo. Cuando no resulta así es porque el sistema se ha visto llevado hacia una vía involutiva. Su correlato en psicoanálisis podrían ser las repeticiones tanáticas.

- Que existan incertidumbres sobre las probables evoluciones del sistema no implica que nada se sepa acerca de las reacciones posibles de los mismos. La incomodidad de lo complejo será siempre preferible a las pseudo-certezas de las simplificaciones.
- Los sistemas complejos poseen fronteras propias e intransferibles; ellas tienen grados variables de apertura y también posibilidad de cierres temporales. Se trata de fronteras lábiles, sensibles, que colaboran con la autoorganización del sistema y rechazan los intentos que pretenden organizarlos desde fuera.
- Son sistemas que mantienen una cierta dependencia de sus condiciones iniciales pero evolucionan también en función de las circunstancias que atraviesan. Guardan memoria de los recursos que implementaron en cada ocasión. No quedan fijados ni “atados” a sus matrices iniciales, aunque pueden volver a ellas en situaciones cercanas al borde del caos.
- Si bien las condiciones del comienzo son fundantes del sistema, no se crea una matriz única que se repetirá siempre. Los condicionantes posteriores suelen dar pie a nuevas formas de funcionamiento. Estas últimas integran, previa modificación, a las modalidades anteriores. Se organizarían bucles recursivos, autoorganizadores, que incluyen las dinámicas anteriores en otro nivel. También existiría la opción de minimizar o bloquear algo de lo previo si lesionaban, afectaban o impedían el nuevo funcionamiento.
- Al no haber respuestas idénticas ni automáticas y sí, en cambio, creaciones no predecibles, el azar también entraría en juego. Habría que contar con él.
- Nada más ajeno a la teoría de la complejidad que la noción de organizaciones con un centro jerárquico; ellas se configuran mediante unidades heterogéneas que serían también complejas y que se relacionarían entre sí a la manera de una red carente de centro. Para esa red serían válidas los términos de recursividad, retroalimentación, multiplicidad de planos, multilinealidad, etcétera.

- En los sistemas complejos no habría centros sino nodos. Esas palabras no son sinónimas en la teoría de la complejidad. El nodo es una *posición* que cambia con el tiempo. “No hay nada que sea ‘en sí’ o ‘esencialmente’ un nodo: nodo es una posición de ‘alto tránsito’ que así como se forma puede desvanecerse. En la [...] complejidad no hay destino: hay configuraciones en el tiempo.”^{24*}

Veamos algunas propiedades de los sistemas complejos. Serán nombradas, subrayadas con negrita con negrita y escuetamente comentadas.

- **Autoorganización:** los sistemas complejos partirían de estados iniciales que favorecerían organizarse a sí mismos. Esos factores condicionantes inducirían la puesta en marcha del sistema y permanecerían activas a lo largo de toda la vida, posibilitando la *supervivencia* del mismo. Las condiciones posteriores determinarían la *evolución* del sistema que incluiría la ocasional refundación del mismo.

- **Autodesorganización:** en aparente oposición a lo recién dicho, los sistemas complejos tienden también a la autodesorganización. No es una propiedad opuesta a la autoorganización sino complementaria. Habrá trayectorias de este tipo:

autoorganización → *autodesorganización* → *nueva autoorganización*

Estas ideas evocan en cierto modo el interjuego entre Eros y Tánatos en psicoanálisis. Por otra parte, los derrumbes psíquicos de algunos pacientes podrían entenderse como autodesorganizaciones.

- **Tendencia a asociarse con otros sistemas complejos:** esta propiedad no requiere precisiones adicionales.

- **Autoreparación:** a diferencia de los sistemas simples, los complejos tienen la capacidad de reparar las heridas que se les ha infligido ya sea desde el exterior ya sea por estímulos disruptivos interiores; tienen recursos para recuperarse de accidentes.

- **Autopoiesis:** se trata de un termino creado por los biólogos chilenos Humberto Maturana y Fernando Varela; ese vocablo daría cuenta de la capacidad de los sistemas vivos de autoproducir componentes que les son constitutivos. Esta facultad estaría asociada a otra: el sistema serían refractario a la incorporación de elementos extraños y a injertos.

Convendrá diferenciar esta autopoiesis tanto de la noción de *causa sui* ya referida en estos *Estudios Psicoanalíticos* como de aquello que denominé *autopoiesis ptolomeica* que será comentada más adelante, al final del apartado 2.7.^{25*}

2.6.2. Las estructuras disipativas

Dentro de los sistemas complejos o abiertos Prigogine estudió especialmente aquellos que presentaban estados lejanos al equilibrio y que disipaban grandes cantidades de energía, noción esta última tomada de la segunda ley de la termodinámica. Creo y aplicó las ecuaciones matemáticas no lineales al estudio de tales sistemas y por estas investigaciones recibió el Premio Nobel de química.

El autor, tras postular que en los sistemas complejos siempre coexistía una estabilidad relativa (zonas de inercia máxima pero no absoluta) con estados de inestabilidad, agregó que las primeras ofrecían una cierta continuidad estructural mientras que las segundas, debido a las fluctuaciones intensas, conducían a discontinuidades o rupturas con las dinámicas anteriores. En las regiones alejadas del equilibrio, si las agitaciones internas se intensificaban en vez de remitir, podía llegarse a un umbral —que sería diferente para cada sistema— a partir del cual las turbulencias se dispararían exponencialmente, generando una situación de caos. Tras ella podría sobrevenir una transformación profunda —autoorganizativa—, que tendería a un nuevo orden más complejo, aunque también se habría bordeado los riesgos de una involución. En los casos favorables surgirían formas de funcionamientos originales, *antes inexistentes*, que a su vez *recrearían* los modos de relacionarse dentro del sistema y de éste en su conjunto con el entorno. Los flujos en dichas redes relacionales devendrían más fluidos y cabría la posibilidad de que se bloquearan aquellas que, antes del caos, eran nocivas para el sistema.

2.6.3. El sujeto psíquico como estructura disipativa

Se trata de un intento de aplicar al sujeto psicoanalíticamente concebido algunas nociones de la recién comentada teoría de la complejidad, no sin previa aclimatación de lo importado a la metapsicología de

nuestra disciplina. El sujeto psíquico podría ser concebido, entonces, como un sistema complejo y abierto aunque con fronteras, en intercambios permanentes con su medio e involucrado en relaciones con objetos múltiples, en vínculos también complejos. Hasta aquí nada nuevo: la teoría psicoanalítica siempre concibió al sujeto como complejo, aunque no utilizó con frecuencia ese adjetivo. Tal vez las diferencias más importantes residirían en cómo se entendió la complejidad de la psique y cuáles serían las características de la misma.

Lo dicho sobre el surgimiento de un nuevo sujeto será válido asimismo para todos los miembros del contexto objetal que, al ser también sistemas abiertos y no lineales, otorgarían al conjunto “familia” una complejidad superlativa. Será en un contexto de esas características donde se estructurará el psiquismo del vástago. Las influencias entre todos ellos serán múltiples, radiadas y recíprocas; cada uno de los miembros de la familia; también, variadas en cuanto a sus contenidos e intensidades. Pensemos no sólo en los efectos del entorno sobre el hijo sino también en las innumerables repercusiones psíquicas que la llegada del mismo suele tener sobre sus padres y las significaciones retroactivas que se esbozan en estos últimos a partir de tal evento. El tema será tratado enseguida, en 2.7. a 2.9. Las derivaciones clínicas de estas ideas serán desarrolladas en varios apartados del capítulo siguiente..

Quisiera remarcar de entrada, para evitar equívocos, un punto de partida crucial: la organización psíquica incipiente del *infans* está claramente determinada por lo psíquico de los miembros del entorno objetal. Se trata de una cuestión indiscutible; además, esas influencias ponen límites a las concepciones innatistas e instintivistas acerca del origen de lo psíquico. El vástago recibiría esos influjos desde el momento mismo del alumbramiento. La prematuración, la indefensión y la dependencia extrema del protosujeto le haría notablemente sensible y receptivo a los rasgos que la alteridad le podría implantar o transmitir, cosa que no acontece sin cierta dosis de imposición y violencia, dada la asimetría de esa relación. Pero tiendo a considerarle no sólo como receptor pasivo de esa transmisión psíquica intergeneracional sino también como un nodo precoz de actividad organizativa, transformativa, capaz de recrear aquello que recibe. Por lo tanto, no lo conceptúo como una simple resultante de los influjos exteriores. Resulta difícil poner fechas precisas a cuándo el

niño/a comienza a llevar a cabo tales funciones; digamos que “precozmente”, aunque reconozco que se trata de una respuesta ambigua. Desde muy temprano, el infante realizaría cabo una ardua tarea de metabolización, integración y transformación de las trazas o marcas inscritas. Esta actividad potenciaría su singularidad, no sólo porque se iría generando una combinatoria original y única con la materia psíquica recibida vía identificación, sino y también porque se la procesó de diferentes maneras. Esta tarea realizada por el candidato a sujeto no conocerá la pereza ni el reposo; la actividad reorganizadora no se detendrá jamás.^{26*}

Por lo tanto, cada rasgo proveniente de fuera sería *recreado*, transformado, aunque más no fuera por la combinación con otros rasgos que fueron inscritos previamente. Se formarían amalgamas *sui generis* que se seguirían transformándose con las nuevas inscripciones. Cabrá recordar la metáfora del vaso de agua y del pincel comentada en la segunda parte de la nota final número 7 de este mismo capítulo. Es importante subrayar que los cambios que afectan a los rasgos transmitidos por los miembros del entorno objetal producen un corte, una discontinuidad, una diferenciación con los objetos identificantes: esas marcas ya no serán iguales a las que le fueron transmitidas al *infans*, porque éste, apenas las recibió, las recompuso y las integró en una constelación.

Plantearé esta hipótesis en otros términos, quizá de manera más radical: la materia psíquica acarreada desde la alteridad al sujeto psíquico incipiente no será la misma en el punto de origen (psique de los otros) que en el destino final (psique del cachorro humano), a consecuencia de que las trazas psíquicas exteriores apenas interiorizadas, comienzan a trasmutarse e integrarse a un nuevo sistema. A tal punto es así que ya no existiría la posibilidad de revertir el proceso; no se podría disolver la nueva estructura creada. Sería imposible un retorno a los momentos y a las condiciones previas: se trataría de una transformación irreversible. Esto anula la posibilidad de existencia de vasos comunicantes entre padres e hijos. Las aportaciones externas de materia psíquica dieron pie a la constitución de “átomos” de sujeto. En esos momentos, la intersubjetividad incipiente le estaría ganando terreno a la transubjetividad inicial.

Así, pues, considero que la nueva organización psíquica no respondería linealmente a factores externos: el protosujeto también llevaría a cabo tareas importantes sobre aquello que le fue transmitido. Esto ocu-

riría tanto durante la conformación infantil del psiquismo como –más aún– en estados futuros, de mayor complejidad. El nuevo sujeto no se comporta como una tabula rasa en la que se implantan los rasgos identificatorios provenientes de los otros. Además habría estímulos internos a los que el sujeto –en tanto sistema disipativo– deberá atender y procesar. Esto no descarta, sino por el contrario, alienta a pensar la existencia de una actividad autopoiética *sui generis*, que ya fue definida al concluir el apartado de 2.6.1. y precisada en sus alcances en la nota final n° 24 de este mismo capítulo. Tampoco se deshecha la participación del azar, dados los ingredientes aleatorios, mutantes y caprichosos de algunas autoorganizaciones. Si se aceptara la hipótesis de que el sujeto psíquico fuera un sistema complejo, cabrá concederle también capacidad creativa; pero en todo caso nunca serían creaciones *ex nihilo* sino a partir de la materia psíquica que le arribó del exterior y que él hizo propia. ¿Residirá en estos factores el que las insoslayables diferencias entre padres e hijos se amplifiquen en grado sumo, a tal punto que algunos analizantes puedan exclamar en relación a su prole: ¡“este hijo no parece mío”! El azar también existiría, porque lo accidental, lo aleatorio y lo contingente seguiría insistiendo y generando imprevistos y sorpresas.²⁷

Cinco conclusiones importantes a partir de lo dicho: **primera**, ya conocida suficientemente pero que cabrá recordarla ante los incrédulos: la identificación no duplica ni replica nada. **Segunda**: si la identificación es *generatriz* del nuevo aparato psíquico, éste será su *consecuencia*. La identificación no podrá ser causa y consecuencia a la vez. **Tercera**: no encontraremos jamás rasgos psíquicos *iguales* en padres e hijos; siempre habrá algunas diferencias dentro de las semejanzas. **Cuarta**, y tal vez la conclusión más novedosa: en la psique del nuevo sujeto no encontraremos a las identificaciones bien circunscritas, delimitadas y diferenciadas unas de otras sino amalgamas de las mismas, a saber: mezclas de partículas, pizcas, fragmentos, átomos heterogéneos de subjetividad, que serían reflejos de las marcas transmitidas por los objetos identificantes. Esos rasgos provenientes de los miembros del entorno objetual, tras ser internalizados, fueron mezclados, ligados, hermanados, “immixados” por el infante con otras trazas previamente inscritas (rasgos unarios según Lacan, *einziguer Zug*, según Freud). El *infans* habría generado alteraciones *irreversibles* en las mismas y amalgamas originales de rasgos

que ya serían imposibles descomponer. De esto se derivaría la **quinta** proposición: no hallaremos en la psique del *infans* las identificaciones “sueltas”, aisladas ni circunscritas, una al lado de las otras (como las piezas de un puzzle). Y no las encontraríamos así, por la sencilla razón de que éste no sería su modo de existencia en la psique. No puedo parafrasear a Klein para aludir a ese estado afirmando que en la mente habría “una asamblea” de identificaciones discriminadas entre sí. Habrá, en cambio, mixturas y combinaciones de los rasgos transmitidos.

Se llegará a más conclusiones en los párrafos siguientes, en los que intentaré incluir lo dicho en nuevas definiciones de la identificación.

2.6.4. La identificación: complejidad, determinismo y azar

Asumiendo los riesgos de la reiteración quiero apuntar que desde mi perspectiva sería imprescindible tomar en consideración lo que la niña o el niño aportan durante la conformación de sus subjetividades y cómo entran ellos en juego en ese entramado de influencias múltiples, transformativas, que acontecen cuando varios sistemas complejos interactúan. Por eso sostengo que, *como mínimo*:

*El concepto de identificación **estructurante** debería incluir un significado más entre los que ya tiene: el del trabajo generativo que va realizando el infante durante la organización de su psique con los rasgos que le fueron transmitidos por sus objetos identificantes.*

Al subrayar con itálicas la expresión “como mínimo”, dejaba abierta la posibilidad de postular una segunda caracterización personal del concepto de identificación estructurante que, además de ser complementaria de la anterior, señala con mayor precisión ciertas funciones y tareas:

La identificación sería un sistema de transporte de materia psíquica cuyo punto de partida estaría en lo inconsciente de los otros –fuera cual fuera la forma y los nombres que las diversas teorías psicoanalíticas dieran a esa otredad–, y cuyo destino final sería la psique del infans.

Una vez que esa materia psíquica ha sido “trasmitida” y “depositada” dentro de las fronteras del incipiente sujeto, este comenzaría el procesamiento de aquello que le fue acarreado. Se trataría de una actividad exclusiva del *infans* quién, como buen sistema disipativo, laborará para organizarse, para autodesorganizarse y volverse a autoorganizar, en una tarea que no estaría exenta de autopoiesis y de autoreparaciones.

¿Nuevo solipsismo? ¿Nueva respuesta a todo? No, no lo creo. En primer lugar, porque la presencia y acción de la alteridad ha sido tenida muy en cuenta; además se la hizo presente de manera explícita en la misma definición de la identificación. Ella alude a la trasmisión intergeneracional inconsciente a través del acarreo de materia psíquica.

Si se considera ambos fragmentos cursivados de la página anterior, se percibirá un reconocimiento de la labor de metabolización y transformación que realiza el psiquismo incipiente del infante y que posteriormente será continuada por el púber, el adolescente y el adulto joven. Tareas complejas realizadas por sujetos psíquicos complejos –adultos unos; en vías de formación otros–, con resultados también complejos, en la que todas las partes habrían hecho sus aportes. La resultante de todo ese proceso sería la psique del nuevo sujeto.

Una conclusión más: la identificación quedaría definida como un concepto metapsicológico decididamente perteneciente –en exclusiva– a la comarca de la teoría psicoanalítica que daría cuenta de la constitución del aparato psíquico. No sería por lo tanto un operador clínico.

En la clínica no se trabajaría de manera directa con cada una de las identificaciones; la tarea sería indirecta: con las amalgamas de las múltiples inscripciones identificatorias que dieron pie a la conformación de un nuevo sujeto (o aparato) psíquico tras la metabolización y recreación de los rasgos transmitidos por los otros (la alteridad).

Estas nuevas postulaciones permitirán distinguir netamente dos procesos y momentos bien diferenciados: a) para la teoría de la estructuración subjetiva → el concepto de *identificación estructural*. Para la tarea clínica con las identificaciones → abordaje indirecto de las mismas, buscando una transformación del conjunto de la subjetividad.

La concibo como una actividad terapéutica basada en una investigación clínica sustentada en un cuatripodio: inconsciente, repetición, pulsión y fantasma. En esa tarea se harían operativas la transferencia, la asociación libre y la interpretación. *Esa transformación subjetiva produciría un retejido de la trama identificatoria.*

Habría, pues, un trabajo clínico *indirecto* sobre los efectos de las identificaciones. Entiendo por “efectos de las identificaciones” la nueva psique creada; es decir, el conjunto de dimensiones que aparecen en el esquema de las pp. 106 y 107. La tarea clínica con las identificaciones se haría abordando *toda* la organización psíquica del sujeto por medio de la operación analítica (véase p. 166). Dentro de esta perspectiva no se consideran posibles las denominadas “desidentificaciones”. Estas afirmaciones que hoy me parecen claves tanto teórica como clínicamente surgieron cuando percibí que enunciar a los analizantes que tales o cuales rasgos suyos eran productos de identificaciones, ya sea con el padre, ya sea con la madre o con algún tío, abuelo, profesor o con quien fuera, no permitía avanzar gran cosa en el análisis. Ese conocimiento no mutaba ni transformaba nada. Además si alguna de las procedencias de esos rasgos pudieron precisarse fehacientemente, lo cierto es que ahora tales trazas –transformadas– *ya forman parte de la subjetividad del analizante* y no se modificarían por el simple conocimiento de sus fuentes. Diría que estas ideas más la concepción de la reorganización retroactiva de lo psíquico constituirían la columna vertebral del sistema identificatorio que propuse en el capítulo anterior. No ha de extrañar entonces la presencia de ambos temas y la reiteración de estas nociones, desde distintos ángulos y facetas, en diversos apartados de este décimo volumen. Las referencias más extensas sobre la autoorganización y la significación retroactiva podrán encontrarse en 1.5.2.; 2.4.2.2.; 2.6.; 3.3.2. y 3.7. de este mismo tomo, en el que también se hallarán comentarios dispersos en muchas de sus páginas. Asimismo se expusieron extensas apreciaciones sobre la temporalidad psicoanalítica en 2.5.5. del tomo 6.

2.7. Asimetría de la relación identificante

Los aspectos esenciales del carácter asimétrico de la relación padres-bebé ya fueron expuestos *supra*, en 1.5.1.2. Eso nos permitirá ha-

cer un rodeo previo por temas polémicos aledaños a esta problemática. Los procesos identificatorios de la primera infancia han sido considerados, especialmente en los medios lacanianos, como alienaciones estructurantes o estructuraciones alienantes; el Otro al implantar rasgos unarios (significantes) en el candidato a sujeto se situaría con claridad en posición de Amo²⁸ y hasta podría ejercer de tal impunemente, de manera omnímoda, en tanto las características de la situación se lo facilitarían: tiene ante así un organismo viviente que acaba de llegar al mundo en tal estado de desamparo (*Hilflosigkeit*) que depende para todo de los otros. Piera Aulagnier, con sus conceptos de violencia primaria y secundaria aludió a esta misma cuestión desde otra paerspectiva: el gran poder que tienen y ejercen sobre el *infans* inerme los miembros del entorno objetal.

Podría decirse sin temor a equívocos que esas situaciones vienen ocurriendo desde que la humanidad existe. Con un cierto toque de ironía suelo afirmar que los procesos de subjetivación en la infancia acontecen en un mal lugar..., junto a una madre, a un padre, en una familia... Es cierto, pero..., parece ser casi el único lugar posible. La crianza y la “educación” del hijo podría utilizarse para justificar cualquier estrago, sea materno, sea paterno. Lo dicho reflejaría certeramente una realidad y, para ratificar esta afirmación, no sería imprescindible remitirse a la práctica clínica psicoanalítica; se lo comprobaría con facilidad en cualquier contexto de la vida cotidiana. En el lenguaje corriente se suele decir que toda crianza conlleva que el hijo “pase por el tubo” de los padres.

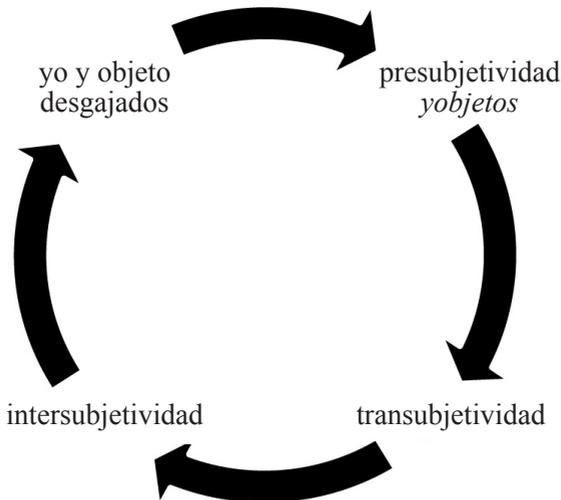
Por su estado de desamparo, el niño, el cachorro humano, el *infans*, el protosujeto, el candidato a sujeto, o como queramos llamarle, estaría “condenado a la identificación”; esta última sería un proceso insoslayable. El infante tendría que pasar necesariamente, “obligadamente”, por los significantes del Otro, como diría Lacan; alienarse en ellos para después, y en el mejor de los casos, poder separarse. Sabemos que una de las formas en que el psicoanalista francés enfocó la estructuración subjetiva fue a través de los tiempos lógicos de la alienación–separación y que aludió con frecuencia a la necesaria e inevitable alienación imaginaria del niño y a su variante simbólica en el lenguaje.^{29*} Ahora bien, en muchas ocasiones esas afirmaciones de Lacan han sido llevadas al extremo por algunos de sus discípulos y, así radicalizadas, ofrecían una perspectiva amarga, desolada y pesimista de la estructuración subjetiva

de la infancia. Quienes se situaban en esos confines solían poseer un muy aguzado sentido trágico de la vida. No sería mi caso, lo confieso. Mi intención iría más bien por el camino de matizar *un poco* esas ideas. La vida misma y el ejercicio de nuestro oficio de analista me ha conectado frecuentemente con experiencias de maternidad y paternidad muy patógenas pero también con algunas que han sido acogedoras y relativamente plácidas, dentro de las dificultades inevitables de la crianza y dentro de los caracteres estructurales que el ejercicio de la función materna y paterna imponen. (Véase al respecto 3.14.2. del capítulo siguiente). Considero que las afirmaciones de estos colegas, aún pudiendo ser verdaderas, tienen contrapartidas: la alienación especular, sin dejar de ser alienación, otorgaría una protoidentidad al *infans* que lo instalaría en el “umbral del mundo”; la alienación en el lenguaje constituiría al protosujeto como *parlante* o *hablanteser*. Que el niño necesite pasar por los significantes del Otro no puede justificar cualquier tropelia dominadora por parte de los objetos primarios. Habrá una violencia “necesaria”, aunque suele haber con demasiada frecuencia atropellos gratuitos.

Dicho esto, se *seguirá* explícitamente con la identificación..., aunque, pese a las apariencias —y por lo que luego se dirá—, ella no ha sido abandonada durante los comentarios anteriores. Las identificaciones, sobre todo las que acontecerían en la primera infancia serían alienantes claro está, pero cabrá reconocer también, que la eficacia subjetivante de las mismas —es decir, su capacidad de constituir nuevos sujetos— introducirá simultáneamente *un potencial diferenciador de aquello mismo que les dio origen*.

Entonces, la alienación recién invocada debería ser relativizada: en los momentos de inscripción de las primeras identificaciones, la subjetividad del *infans* sería inexistente; ellas introducirían las trazas iniciales de la misma. Por lo tanto, ninguna conciencia del niño que pudiera alienarse —en el sentido estricto del término— por la sencilla razón de que aún no tendría nada alienable. Se trata de una *presubjetividad* —si se me permitiera este neologismo—, que estaría literalmente atravesada, transitada por la psique de la madre (dado que, por diversos motivos, ella suele ser habitualmente la encargada de dispensar los cuidados al hijo), aunque también por el psiquismo del padre. Con este vocablo hago referencia al hecho de que la muy incipiente actividad psíquica del *infans*

está invadida por la psique de los adultos que conforman el entorno objetal. En esos momentos no existe relaciones intersubjetivas entre el *infans* y los adultos que le rodean; el niño/a no ha constituido aún la membrana “sujetal” que le otorgará la posibilidad de diferenciarse de las otras personas con las que está en contacto. He caracterizado esta situación relacional primigenia del bebé con su madre con el neologismo *yobjeto* –véase el apartado 1.5.1.2. del capítulo anterior– y he insistido en que pese a sus peculiaridades convenía considerarla una relación objetal. Se trataría de los momentos más asimétricos del vínculo del bebé con los otros. Sería también la época de mayor incapacidad del lactante para resolver por sí mismo su subsistencia (indefensión). Y sin embargo, serán los instantes en que se estará produciendo su fundación simbólica en tanto sujeto. Su situación será de extrema dependencia de sus objetos primarios, que se encontrarán ante la difícil tarea de decodificar los signos que emite el bebé. *Presubjetividad* condensa en un solo término ese conjunto de características propias de este estado inicial del psiquismo.



Este esquema muestra una de las tantas secuencias que permitirían salir gradualmente de la *presubjetividad* para ingresar a la *transubjetividad* narcisista, en la que se constituye el yo. Todavía habrá confusión

yo-no yo y falta camino por recorrer para que una verdadera intersubjetividad pudiera establecerse. Sin embargo será importante que en el imaginario materno el vínculo con su hijo/a pueda representarse como intersubjetivo, ya que adjudicarle al niño/a deseos, fantasías, angustias, malestares, bienestares, etc., será en sí mismo promotor de subjetividad. Que la madre conciba a su hijo como separado de ella e independiente –a pesar de su dependencia– catalizará la subjetivación del *infans*.

Adopté un vocablo abandonado por Lacan –intersubjetividad– porque me resulta útil para aludir a una modalidad de relación cualitativamente distinta de la presubjetividad y de la transubjetividad. En ese tercer momento ya estaría constituida la membrana sujetal y el niño contaría con un aparato psíquico bastante organizado, cosa que le permitiría discriminarse mejor de los objetos con los que se relacionaría. Esta situación coincidiría con el ingreso a la triangularidad edípica. Tendríamos entonces la secuencia siguiente: *presubjetividad* → *transubjetividad* → *intersubjetividad*.

Vuelvo al tema del comienzo; se podría decir, y no sin razón, que la del *infans* es una subjetividad alienada... A lo que respondo: sí... es cierto. Pero agrego: tan alienada como diferenciada, pues en los mismos instantes en que se consumaría una identificación se inscribiría la diferencia.^{30*} Establecer un determinismo rígido desde la alteridad (*copernicanismo* absoluto) sería el anverso de la autopoiesis *ptolomeica* extrema. Postulo adjudicar una cuota –aunque sea muy limitada–, de capacidad determinante y decisoria en los niños; es probable que si se diesen algunas condiciones favorables, esa facultad se iría incrementando con el paso de los años. Constató que existen niños que se enfrentan con resolución a los pequeños problemas de sus pequeñas vidas.

Al formular por escrito estas disquisiciones tengo como telón de fondo un enigma respecto de la estructuración subjetiva que no he podido resolver hasta el presente: ¿por qué en familias con una intensa carga patógena se crían a veces niños que juegan y gozan satisfactoriamente? Y, además, asumen con responsabilidad y alegría las tareas que les corresponde a sus edades y llegan a ser adultos con una cuota de conflictos neuróticos muy tolerables. Dejo por el momento de lado las situaciones inversas que también tienen sus misterios: padres que no parecen ser tan patógenos e hijos con trastornos psíquicos muy severos, como el caso

Elizabeth mencionado en el apartado 1.1.1. de este volumen. Las opiniones frente a estos enigmas suelen ser diversas. Hay quienes dicen que ese niño nació con un *quantum* de pulsión de vida considerable; otros sostienen que pese a todo “algo positivo” habrá transmitido esa madre trastornada o ese padre tan afectado o, quizá, algún otro miembro del entorno; están quienes afirman que esa criatura tiene una capacidad innata para sobrevivir. Las variantes de esas tres respuestas tipo, que suelen ser las mayoritarias, podrían ser innumerables, pero, más allá de la validez de esas posiciones, me interesa señalar que todas ellas pusieron el énfasis en factores externos al niño. Es justamente sobre esta cuestión que quiero incidir. Planteo como hipótesis que también en el infante podrían existir o surgir facultades que le permitieran resistir y enfrentarse a los avatares de su vida difícil. Tal vez pecando de una dosis de adulto-centrismo, por las palabras que utilizaré, podría agregar: algunos de ellos saben armarse de coraje y encarar la situación. Demás está decir que muchas veces pueden trasladar esas capacidades a sus vidas adultas.

Más allá de la fundamentación posible de esa hipótesis por medio de múltiples experiencias clínicas que la corroborarían, prefiero señalar que las bases de mi respuesta están en algunas importaciones que hice hacia el psicoanálisis de las ideas de Prigogine, y que ya expuse: podría tratarse de una actividad generadora de propiedades emergentes en el infante, frente a circunstancias adversas (turbulentas o caóticas). Esta hipótesis deriva de considerar al sujeto como una estructura disipativa, tal como lo sostuve en el apartado anterior. Se apreciará desde ya que lo afirmado forma parte de una perseverancia personal en matizar o relativizar los determinismos absolutos en el terreno de las teorías identificatorias.

Esta línea de fuerza presente en el proyecto identificatorio que propuse se extiende hasta considerar que, así como se conceptualizó una función materna y paterna, podría pensarse una *función del hijo*, idea que postularé en el apartado 3.8. del próximo capítulo.

2.8. ¿Cuál es el destino de las identificaciones estructurantes?

La identificación crea elementos *estables* en la organización mental del sujeto. *Su destino es quedar integrada en el aparato psíquico*

del infans, tras los procesos de autoorganización. La estabilidad recién mencionada debe entenderse como que se conservaría la forma de organización de sus diversos componentes. Esto le otorgaría al sistema cierta permanencia, que no estaría exenta de cambios lentos, aunque muchas veces imperceptibles. Las identificaciones ejercen sus influencias y consuman sus efectos estructurantes al dar pie a componentes estables de la estructura psíquica de cada quien. Si la materia psíquica que la identificación transmitió se ha convertido en parte de la psique, ya no será posible desprenderse de ella: la inmisión, el *après-coup* más la ya comentada labor autoorganizativa por parte del *infans* impediría la reversibilidad. La psique es un tejido vivo; no se la puede considerar como si fuera un *puzzle*, en el que cada pieza –cada rasgo implantado por los objetos identificantes– sea de quita y pon. El concepto de identificación –al menos en su modalidad estructurante– debería emplearse de manera restringida: sólo dentro la teoría que daría cuenta del surgimiento de lo psíquico en el protosujeto. Es ahí donde tendría su lugar adecuado. *La identificación estructural se convertiría, así, en una categoría metapsicológica;* no haría referencia al comportamiento ni a lo conductual.

Lo dicho en los dos párrafos anteriores podría complementarse con lo que escribí al interpretar una frase críptica de Lacan del *S II*, clase del 15 de Abril de 1964. Allí y entonces él abogó por la reapertura del debate sobre la *causa* en psicoanálisis y en un párrafo de su alocución incluyó la expresión latina *ablata causa tollitur effectus*. Para la extensa interpretación que hice de ese fragmento –puede leérsela en el apartado 7.10.2. del volumen 8– utilicé las ideas que acabo de exponer a cerca del posible destino de las identificaciones estructurantes en la psique del infante. También hice varios comentarios sobre esta misma temática en el apartado 2.4. de este volumen y en la nota final nº 7 que de ahí arranca, sobre el vocablo *inmisión*.

2.9. El antiguo futuro sujeto

Psicoanalistas y psicólogos que hemos tenido ocasión de atender a mujeres embarazadas o a hombres a punto de ser padres, hemos comprobado una y otra vez, cómo las asociaciones libres acerca del hijo o hija que está por llegar al mundo se hacen presentes con frecuencia en la

escena analítica, ocupando muchas veces el primer plano de la misma. Aún antes del parto, el futuro bebé ya logró abrirse un espacio en el que será su entorno objetal más cercano.

La actividad fantasmática, narcisista, pulsional, eidética, de los progenitores –muy activas en esas circunstancias– estará centrada en torno al hijo que está por venir. Preocupaciones, alegrías, proyectos, angustias, tal vez algunas fantasías mesiánicas y omnipotentes, dudas sobre si habrá problemas en el alumbramiento, interrogantes acerca de su salud al nacer, preguntas sobre la capacidad de ellos para criarlo, para alimentarlo, más otra larga serie de inquietudes. Esos materiales suelen constituir una clara ocasión para re-descubrir cómo lo inconsciente va determinando los avatares de la existencia de esos padres y cómo incidirá después del nacimiento sobre el vástago.

Louis Althusser sintetizó de manera magistral esta situación del recién nacido –incluso, del feto– caracterizándole con el sintagma “*antiguo futuro sujeto*.” Esa expresión también ejemplificaría palmariamente la temporalidad psicoanalítica, temática muy aludida en este capítulo.

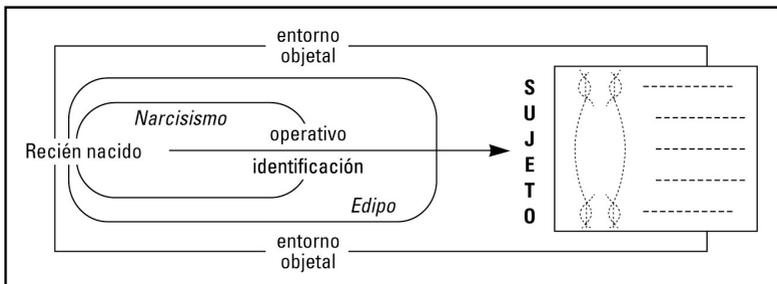
Los retornos de lo reprimido suelen multiplicarse en los futuros padres: se les despiertan recuerdos acerca de las propias infancias, sobre las formas de cuna, de mesa, de educación y de diálogo en el seno de sus familias de origen. Todas las dimensiones psíquicas de los progenitores –véase el diagrama de 2.5.– estarían activas ya antes del alumbramiento.

Un debate que suele aparecer en esas circunstancias gira en torno a la elección al nombre de quien será dado a luz. El nombre propio es, sin duda, un gran factor identificante. ¿Cómo se lo ha elegido? ¿Por qué se escogió tal o cual nombre de pila? ¿Quiénes intervinieron más activamente en esa tarea? ¿Cuáles fueron los acuerdos y desacuerdos? Más allá de los elementos conscientes y de las racionalizaciones respecto a ese tema, estarán latiendo siempre los determinantes inconscientes de cada uno de los padres en esa nominación; tal vez, también, los de algún otro miembro de la familia que participó de esa polémica.

En el apartado 4.7.6. del volumen 6 se abordó extensamente la cuestión del nombre propio desde diferentes perspectivas, incluida la psicoanalítica. También se ilustrará esta cuestión a través de dos poemas; uno de Jorge Luis Borges y otro de José María Valverde, incluidos en los apartados 4.3. y 4.5. del capítulo 4 de este mismo tomo.

2.10. Algo más que un resumen del capítulo

En continuidad con el capítulo anterior se precisaron algunos aspectos complementarios sobre el sistema identificatorio que propuse en 1.5. Allí se afirmó que el objetivo era labrar un lugar específico en la teoría psicoanalítica para la identificación en tanto concepto metapsicológico que pudiese dar cuenta *del surgimiento de lo psíquico* en un recién nacido. A esa meta se fue llegando a través de varios hitos; ellos fueron comentados en los diversos apartados del presente capítulo y se los recordará a lo largo de las próximas páginas. En primer lugar se jerarquizó la modalidad *estructurante* de la identificación, valorada como un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de los fenómenos de transmisión psíquica intergeneracional e inconsciente. Al privilegiar su carácter estructurante se hizo bascular a la identificación al rango de *causa de lo psíquico*. La promoción de dicha modalidad identificatoria otorgó al psiquismo inconsciente de los objetos primarios un peso determinante extraordinario en la conformación del nuevo sujeto. Si lo psíquico surge de lo psíquico del entorno familiar –una de las primeras tesis defendidas en este capítulo–, lo transmitido vía identificaciones reflejará el narcisismo parental constituyente y el sistema reticular deseante del cual emergió el nuevo sujeto después de las bendiciones y catástrofes que le han constituido. Durante el desarrollo de esta idea presenté dos esquemas de complejidad creciente y un par de definiciones que elaboré sobre la *identificación estructurante* durante los últimos años. En este resumen se presentará únicamente el segundo diagrama, ya que éste integró todos los conceptos que aparecieron en el anterior.



Con este esquema se ilustró el surgimiento del sujeto a partir del recién nacido, en los tiempos de la serie freudiana: autoerotismo → narcisismo → elecciones de objeto edípicas, debidamente transformada para incluir en ella a la significación retroactiva. En la figura se representó también al entorno objetal y al *operativo identificación*. A este último se atribuyó una triple función:

- Trasmutar el organismo viviente del recién nacido en biología humana; es decir, en un soma atravesado por lo psíquico y social.
- Estructurar al sujeto psíquico en todas sus dimensiones.
- Instituir simultáneamente al sujeto social.

En el apartado titulado *Lo transgeneracional* postulé que en su estructuración psíquica el protosujeto no era tan pasivo (como lo planteaba Lacan) ni tan activo (como decían Freud y Klein). A partir de ciertos observables de la clínica y también de la vida corriente cabría inferir que el *infans* no hacía suyos todos los rasgos psíquicos que los objetos primarios le ofertaban; además, aquellas rasgos que le implantaban –o que él introyectaba– eran acogidos en un nuevo sistema e incluidos en una constelación novedosa al combinarlos con otras marcas antes inscritas. El sujeto que emergía de tales procedimientos resultaba ser necesariamente un producto singular, diferente y diferenciado. Se insistió luego sobre este tema a la luz de la noción de autoorganización. Se sostuvo que la transmisión intergeneracional de rasgos psíquicos no debía banalizarse. A diferencia de la deducción genealógica, que estaría al servicio de una teoría de los orígenes y que se podría dibujar como un vector que iría de “arriba hacia abajo” –es decir, de abuelos y padres a hijos– el procedimiento que utilicé en mi labor clínica implica *la reconstrucción del trabajo de engendramiento del nuevo sujeto psíquico*, tarea que sólo podría realizarse a partir del material aportado por los pacientes en sus asociaciones libres. Aquí la flecha iría de “abajo hacia arriba”. Luego de estas aseveraciones se presentaron dos definiciones del concepto *princeps* de la transmisión psíquica intergeneracional inconsciente:

La identificación estructurante es una operación subjetivante de carácter inconsciente que funda al sujeto psíquico.

*La identificación es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
Lo psíquico es lo social subjetivado.*

La oración inicial de esta segunda caracterización parafraseó la definición freudiana de pulsión. En ella se sostiene que la identificación sería inconcebible al margen de la alteridad; esta última apareció representada en el esquema anterior mediante los términos *entorno objetal*. La segunda parte *–lo psíquico es lo social subjetivado–* es una derivación de la frase anterior y la complementa. En ese contexto de definiciones se añadió el siguiente comentario: convendrá evitar los solapamientos y confusiones entre lo que es estrictamente psíquico y lo que pertenece al ámbito social. Cada una de esos campos se rige por legalidades propias.

Los otros, la alteridad *–el Otro y otro de Lacan–*, habitarían las entrañas del sujeto psíquico. La intromisión (intrusión, invasión, irrupción) de los otros *–el entorno objetal–* en la estructura del nuevo sujeto psíquico no podría ser sino la regla. Lacan utilizó el sintagma *“inmixión de Otredad”* para referirse a la presencia del Otro en la subjetividad naciente. De manera insoslayable la alteridad formaría parte de la estructura(ción) del nuevo sujeto. En este contexto se presentó en 2.4. un par de diagramas correspondientes al antes y después de la constitución del sujeto. Ellos ilustraron las afirmaciones anteriores.

En el apartado siguiente *–desvelar la traza inconsciente–* insté a utilizar con mayor rigurosidad el concepto de identificación, cuanto menos en el ámbito de nuestra disciplina. Sostener con fundamentos psicoanalíticos sólidos que una identificación estaba presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, presupondrá que el analizante haya realizado *antes* un largo trabajo en sesión que permitiera desvelar, descifrar, la traza inconsciente transmitida. De lo contrario, serían meras hipótesis basadas en un uso psico-sociológico del término identificación. Es decir: no se trataría de un trabajo psicoanalítico respecto de las mismas.

En el contexto de nuestra práctica clínica no cabría afirmar *con anterioridad* a la tarea recién comentada quién ha sido el objeto de identificación para el sujeto; utilizar *a priori* los manidos clichés de “esto proviene de su padre (o de su madre)” es poco consistente. Habrá que esclarecer, primero, el elemento inconsciente en juego y, una vez apre-

ciada la existencia de una identificación consumada, se intentará precisar –siempre retroactivamente– quien ha sido el portador originario de ese marca hecha propia por el sujeto. Por ese rasgo mínimo, inconscientemente inscrito, el objeto en cuestión podría considerarse un objeto de la identificación (Freud) o un objeto identificante (Lacan). Un riesgo importante en esa situación clínica es que el analista crea “saber demasiado” y atribuya precozmente a tal o cual objeto el punto de partida de las identificaciones, impidiendo que el saber del inconsciente del analizante se manifieste.

A continuación se trataron las relaciones de la identificación con la alteridad, con el tiempo y el espacio. La segunda definición de identificación antes presentada la situó de lleno en la perspectiva que subrayaba *la primacía del psiquismo de los otros en la estructuración de un nuevo sujeto*. Esas palabras constituían al mismo tiempo la caracterización de la noción de *copernicanismo*. Mediante esta línea directriz me he alejado de los ingredientes filogenéticos, endogenéticos, innatistas y biologizantes presentes en la teoría freudiana y, más aún, de la kleiniana; la inscribiría, con salvedades, en la perspectiva que abrió el psicoanalista francés: la Otredad preexistiría al nuevo sujeto y lo determinaría; quienes identificarían activamente serían los objetos. Pero, a diferencia de la doxa lacaniana, expresé que la identificación *promovía un determinismo intenso pero no absoluto*; el futuro de un sujeto no debería concebirse *rígida y exclusivamente* determinado por el inconsciente parental.

También expuse algunas diferencias con Klein: que los procesos identificatorios de la primera infancia eran realmente importantes, no cabía ninguna duda; pero, convertir a esa matriz básica en causa de todas o casi todas las situaciones vitales posteriores, o que cualquier acontecimiento significativo más tardío fuera remitido siempre al mismo modelo primigenio, resultaba empobrecedor. Aunque allí y entonces se edificaron las bases del funcionamiento mental, éstas establecerían ciertas *predisposiciones*, que podían tener un porvenir variable. No necesariamente tienen que generar destinos ineluctables.

Se siguió luego con las nociones de tiempo, espacio y alteridad. Ellas ocupan un lugar muy importante en el sistema identificatorio que propuse. Se trata de una temporalidad y espacialidad *sui generis*, por que están coordinadas con una concepción del inconsciente que

he construí y que expuse con detalle en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 72 y ss. Ella se basó –¿como no?!– en la temporalidad psicoanalítica creada por Freud, que a su vez se fundamentaba en la atemporalidad del inconsciente, en la repetición y en la significación retroactiva. También se apoyó, aunque parcialmente, en la noción de *tiempos lógicos* de Lacan. Quiero añadir que concibo una temporalidad que tiene una estructura circular o, mejor dicho, helicoidal: se pasaría por sitios similares en diferentes momentos de la vida, pero a niveles diferentes. Se ilustraron estas ideas mediante dos imágenes que hablaron por sí mismas. Luego señalé que la espacialidad inherente al sujeto era topológica y no euclidiana. Se trataría de un espacio simbólico, de combinatorias, que poco tendría que ver con el espacio como intuición *a priori* que propugnó la estética kantiana. Las categorías físicas, ontológicas, geométricas e, incluso, psicológicas del espacio se vieron afectadas por lo inconsciente.

En 2.5. presenté un diagrama del sujeto que elaboré hace un par de décadas y que me ha sido especialmente útil tanto en contextos teóricos como clínicos. Antes y después del esquema dí cuenta de las características generales de ese sujeto. La índole sinóptica del presente apartado impide reiterar las consideraciones que allí se hicieron respecto del sujeto. A ese apartado se remite.

Luego abordé la *autoorganización* –tal vez la temática más importante de este capítulo–. En ese contexto afirmé que pretendía incluir dicha noción dentro de la definición misma de identificación estructurante. Sostuve que el surgimiento de un nuevo sujeto suponía la creación de una estructura compleja, abierta y activa que se caracterizaba por estar alejada de los equilibrios o por mantenerlos de manera inestable. Ningún sistema complejo estaría uniformemente estabilizado, al decir de Ilya Prigogine, quien diferenció las estructuras en equilibrio –un cristal, por ejemplo– de aquellas otras que él denominó *disipativas*; estas últimas estarían en constante intercambio con el ambiente.

Debo a este autor no sólo el conocimiento de esos tipos de estructuras sino también los concepto de autoorganización, de los fenómenos de adaptación, de generación de propiedades emergentes sobrevenidos después de situaciones turbulentas o caóticas. Ellas me abrieron una puerta fecunda: la que posibilitó pensar al sujeto psíquico –incluso

aquél que estaría formándose— como una estructura disipativa, es decir, como un tejido integrador y metabolizador de las influencias externas, *capaz de reaccionar con respuestas originales a las exigencias e imposiciones del entorno y también a las turbulencias originadas por factores internos*. En dichas estructuras operarían tendencias al desorden y al restablecimiento del mismo. A partir de entonces comencé a cuestionar algunas verdades que me parecían definitivas; por ejemplo, dejé de concebir al candidato a sujeto como pasivo —a la manera de Lacan—; es decir: un “sujeto efecto” de los significantes que se le implantaban. Pero también conjeturé un tipo posible de actividad para el infante diferente de la que le había adjudicado Freud, basada en lo pulsional, buscadora de rasgos para capturarlos, introyectarlos y hacerlos propios. Distinta, asimismo, a la hiperactividad que Klein le otorgó a *su* niño en los menesteres identificatorios: un pequeño que batallaba intensamente con sus identificaciones proyectivas e introyectivas, para acabar generando él sus propios objetos internos.

Las tesis de Prigogine me permitieron pensar o más bien imaginar una actividad del niño distinta de las que le habían asignado los tres grandes del psicoanálisis. También me posibilitaron concebir la identificación como un mecanismo complejo y alejado de determinismos lineales. Expuse estas ideas después de señalar las características y propiedades generales de los sistemas complejos.

Postulé considerar al sujeto psíquico —tanto el constituido como el que estaría en vías de conformación— como una estructura disipativa, en transformación continua. Sería un sistema abierto, involucrado en relaciones con objetos que se regirían por determinismos complejos —múltiples: entre todos y cada uno de los miembros del entorno objetal—. Se señaló que la complejidad adquiriría tonos superlativos cuando interactuaban varias estructuras disipativas, como sería el caso de las familias en cuyo seno se constituye el psiquismo de los vástagos.

Llegados a este punto quisiera remarcar algunos aspectos cruciales de lo que afirmé en este apartado: la organización psíquica del *infans* en estado de formación y transformación permanente estaría claramente afectada e influenciada por la psique de quienes pertenecen a su entorno objetal. Esta sería una cuestión indiscutible; dentro de mi concepción ella pone ciertos límites al innatismo, instintivismo y genetismo que

todo lo explican desde esa perspectiva. El surgimiento de un nuevo sujeto respondería a una causalidad psíquica compleja, sobre todo ontogénica; es decir: postnatal. En esa causalidad participarían tanto los objetos primarios como el vástago. Éste recibiría estímulos muy intensos desde el momento mismo del alumbramiento, pero tiendo a considerarle no sólo receptor pasivo de esas influencias externas sino también un precoz nodo organizador, transformador de todo aquello que recibiría de sus objetos identificantes. Por lo tanto, la subjetivación no sería una simple resultante de las influencias exteriores. Sin embargo resulta difícil precisar las fechas precisas en que la criatura comenzaría a llevar a cabo este tipo de tareas. El adverbio *tempranamente*, pese a la ambigüedad que le caracteriza, vendría bien en estas circunstancias.

En el terreno específico de la identificación, la prematuración, la indefensión y la dependencia extrema del protosujeto le harían notablemente sensible y receptivo a los rasgos que la alteridad le implanta o trasmite, cosa que no acontecería sin cierta dosis de imposición y violencia, dada la asimetría de esa relación. Considero imprescindible tomar en consideración lo que aporta el protosujeto y como entra él en juego en ese entramado complejo de determinaciones y transformaciones. *El concepto de identificación debería incluir, como uno más de sus significados, el trabajo creativo que va realizando el candidato a sujeto en su proceso estructurante, con los rasgos aportados por los objetos identificantes.* Esa labor metabolizadora, trasformativa, ha sido detallada extensamente en el sexto apartado de este capítulo. Aquí sólo se dirá que la materia prima que los objetos proveerían al *infans* será siempre transformada e incluida en una nueva combinatoria. Si se pierde de vista este aspecto activo, autoorganizativo, que el candidato a sujeto realiza, se reforzará una idea de la identificación como copia del modelo. Con estos fundamentos se propuso la siguiente definición *restrictiva*:

La identificación, especialmente su modalidad estructurante sería un sistema de transporte de materia psíquica cuyo punto de partida estaría en lo inconsciente de los otros y cuyo destino final sería la psique incipiente del infans.

Así definida la identificación quedaría convertida en un estricto

concepto metapsicológico que pertenecería decididamente –y en exclusiva– a la comarca de la teoría psicoanalítica que daría cuenta de la constitución del aparato psíquico.

No sería por lo tanto un operador clínico. No se trabajaría directamente sobre las identificaciones sino de manera indirecta: con los efectos de las múltiples identificaciones; es decir, con el aparato psíquico en su conjunto, que sería una resultante de la metabolización, recreación y transformación de la materia prima recibida de otros. De manera que:

- Para la teoría de la estructuración subjetiva → identificación.
- Para la llamada clínica de las identificaciones → abordaje indirecto a través de la transformación subjetiva que permitiría un retejido del conjunto de la trama identificatoria.

En el apartado siguiente –2.7. *Asimetría de la relación identificante*– plasmé ideas que reflejan una parte significativa de mi pensamiento sobre el tema en cuestión. Incluí un debate con algunos analistas enrolados en la corriente lacaniana que suelen sostener, no sin razones, que los procesos identificatorios –especialmente los de la primera infancia– serían alienaciones estructurantes (o estructuraciones alienantes). El Otro, al implantar rasgos unarios (significantes), se situaría con claridad en posición de Amo y hasta podría ejercer de tal de manera omnímoda, en tanto las condiciones lo facilitarían: tendría frente suyo a un organismo viviente recién llegado al mundo, en un estado de desamparo (*Hilflosigkeit*) que le hace depender en grado superlativo de la alteridad.

Lo dicho refleja certeramente una realidad y, para ratificarla, no será preciso remitirse a la práctica clínica psicoanalítica; se lo podría comprobar con facilidad en la vida cotidiana. Además, la “educación” del hijo permitiría justificar cualquier estrago, sea materno, sea paterno.

El cachorro humano estaría desde esta perspectiva desprotegido y “condenado a la identificación”. Ha de pasar “obligadamente” por los significantes del Otro; alienarse en ellos para después, y en el mejor de los casos, poderse separarse. Sabemos que Lacan enfocó la estructuración subjetiva desde los tiempos lógicos de la alienación–separación (véase 7.11. del tomo 8) y que aludió con frecuencia a la alienación imaginaria –la del espejo– y a la simbólica, en el lenguaje.

Ahora bien, sin renegar ni un ápice lo que acabo de sostener, agregaría que en muchas ocasiones esas afirmaciones suelen ser llevadas al extremo y, así radicalizadas, dan una perspectiva amarga, desolada y muy pesimista del proceso constitutivo. Realismo, suelen decir ellos. Quienes se sitúan en esos confines suelen sostener un determinismo muy rígido y poseer, además, un sentido trágico de la vida demasiado aguzado. No es mi caso, lo confieso; mi intención sería más bien la de matizar esas ideas. El ejercicio de nuestro oficio de analista nos conecta con experiencias de maternidad y paternidad muy patógenas pero también con algunas acogedoras y plácidas dentro de las dificultades inevitables de la crianza. Las identificaciones, sobre todo las que acontecen en la primera infancia son alienantes claro está, pero cabrá reconocer también que la eficacia subjetivante de las mismas –es decir, su capacidad de constituir nuevos sujetos– introduciría simultáneamente *un potencial diferenciador de aquello mismo que les dio origen*. El rasgo unario sería introductor simultáneo de la semejanza y de la diferencia, aserto de Lacan que algunos de sus seguidores parecen haber olvidado; esto impondría un cierto límite al movimiento de asemejamiento, una detención de aquello que iría a encaminado hacia el *parecerse*. El psicoanalista francés otorgó a las marcas identificantes ese carácter bifronte. Hice mía esta idea.

Establecer un determinismo férreo desde la alteridad (*copernicanismo* absoluto) sería tan contraproducente como su anverso: la auto-poiesis *ptolomeica* extrema. He postulado la existencia de una cuota –aunque fuera muy limitada–, de capacidad determinante por parte de los niños; incluso en sus primeros años de vida. Es probable que si se dieran condiciones favorables, esa facultad se incrementaría con el paso del tiempo. Hay niños que saben enfrentarse con resolución a los pequeños problemas de sus pequeñas vidas.

Al formular estas disquisiciones, persiste aún en mí como telón de fondo un enigma que no he podido resolver satisfactoriamente hasta el presente: ¿por qué en familias con una intensa carga patógena se crían hijos que juegan, estudian y disfrutan sin presentar síntomas severos?

Las opiniones frente a este misterio suelen ser diversas. Hay quienes dicen que ese niño nació con un *quantum* de pulsión de vida considerable; otros sostienen que pese a todo “algo positivo” habrá transmitido

esa madre trastornada o ese padre tan afectado o, quizá, algún otro del entorno que cumplió funciones de suplencia; hay quien afirma que esa criatura tiene una capacidad innata para sobrevivir. Las variaciones de esas tres respuestas tipo –que suelen ser las mayoritarias– podrían ser innumerables, pero, más allá de lo válido de esas posiciones, me interesa señalar que todas ellas ponen el énfasis en factores externos al niño.

Planteo como hipótesis que también el infante podría tener facultades que le permitieran resistir y enfrentarse a los avatares de su difícil entorno. Tal vez pecando de una dosis de “adulto-centrismo”, por las palabras que utilizaré, podría agregar: saben, a su manera, armarse de coraje y encarar las situaciones conflictivas. Demás está decir que si tienen esas capacidades las suelen trasladar a sus vidas adultas.

Más allá de fundamentar esa hipótesis mediante múltiples experiencias clínicas que la podrían corroborar, prefiero reconocer que las bases de mi respuesta estarían en las importaciones hacia el psicoanálisis de algunas ideas de Prigogine acerca de los sistemas complejos: podría tratarse de “creaciones” o “soluciones” del infante frente a circunstancias adversas. Esta hipótesis derivaría de considerar al sujeto como una estructura disipativa. Se aprecia desde ya que lo afirmado forma parte de una perseverancia personal en matizar o relativizar los determinismos absolutos en el terreno de las teorías identificatorias. Esta línea de fuerza, presente explícita e implícitamente en el proyecto de sistema identificatorio que propuse en 1.5. del capítulo anterior se extiende hasta considerar que, así como se ha conceptualizado una función materna y paterna, podría pensarse en la *función del hijo*. Desplegaré las que considero sus hipotéticas características en 3.8. del capítulo siguiente.

En el apartado titulado ¿Cuál es el destino de las identificaciones estructurantes?, respondí: *su destino es quedar transformadas en aparato psíquico del infans*. Ejercieron su acción como causa y consumaron sus efectos estructurantes al haber dado pie a la creación de componentes *vitalicios* en la estructura psíquica de cada quien. Los efectos de las identificaciones –las inscripciones de rasgos– más la tarea autoorganizativa del sujeto en vías de formación quedarían integradas en ese tejido vivo y en movimiento que es la psique de todo sujeto.

Si una identificación se ha hecho estructura psíquica, no será posible, estrictamente hablando, desprenderse de ella. Cabrá apuntar a

otros objetivos diferentes de la desidentificación. La conformación de amalgamas de rasgos de los otros más el *après-coup* y la ya comentada labor autoorganizativa por parte del *infans* rompería con la linealidad causal e impedirían la reversibilidad del proceso. La psique no puede ser considerada como si fuera un *puzzle*, en el que cada pieza –un rasgo implantado por los objetos identificantes– sea de quita y pon. Cabría entonces modificar la subjetividad en su conjunto y, por esa vía, generar una remodelación de todo el mosaico identificadorio. (Véase 3.6. y 3.13. del capítulo siguiente)

Está implícito en todos estos planteos la jerarquización de la identificación estructurante. Ella debería utilizarse de manera restringida: sólo dentro la teoría que da cuenta de la estructuración subjetiva. Es ahí donde tendría su lugar más adecuado. La identificación estructural sería, se insiste, una categoría metapsicológica; no haría referencia al comportamiento ni a lo conductual.

El capítulo se cerró con comentarios clínicos a unas palabras de Louis Althusser con las que calificó de manera magistral la condición del recién nacido humano, al que denominó *antiguo futuro sujeto*. Esta expresión certera daría cuenta de la presencia del hijo en la vida psíquica de sus padres –inconsciente incluido–, desde mucho antes del nacimiento. Además, ese sintagma ejemplifica palmariamente la temporalidad psicoanalítica, tema tan aludido en este capítulo.

NOTAS DEL CAPITULO 2

¹ En el apartado 7.10. del tomo 8 hice referencia a la causalidad en psicoanálisis y a la identificación como engendrante de lo psíquico.

² En la nota final nº 12 del capítulo anterior anticipé esta definición amplia de transferencia: “puesta en juego de la estructura subjetiva de cada quien en la relación con los otros”. La transferencia con el analista sería un caso particular de la misma, dado que en las sesiones se la implementa e interpreta con fines terapéuticos, cosa que no ocurre en el vínculo entre padres e hijos. Éstos establecerán relaciones transferenciales –en sentido amplio– con el bebé; ellas serán muy peculiares por la gran asimetría que caracteriza a dichos vínculos. Las relaciones más tardías entre padres e hijos se caracterizarían por ser a doble vía: tanto unos como otros ya serán sujetos generadores de transferencias.

³ Sobre ese momento de repliegue autoerótico de la pulsión y la formación concomitante del objeto fantasmático pueden leerse las consideraciones de la última parte del apartado 5.8.1. del volumen 4. Más ampliamente, los apartados 5.6 a 5.9. del mismo tomo trataron sobre la fantasía en Klein, Freud y Lacan. En 5.10. se culminó el capítulo 5 con un cotejo de las tres teorías sobre la fantasía/fantasma.

⁴ El rectángulo del sector derecho del último esquema representa al sujeto (y sus objetos) que emerge de los procesos estructurantes. Páginas más adelante –en el apartado 2.5.– se presentará un diagrama ampliado del mismo. En él podrá apreciarse las tres vertientes del sujeto: la corporal, la psíquica y la social.

⁵ Se hacen presente, a través de este comentario, algunas ideas de Klein acerca de los mecanismos proyectivos que intervendrían en las identificaciones. Desde mi perspectiva considero que la participación de los mismos sería muy escasa en las identificaciones estructurantes que he postulado; privilegio, pues, los procesos internalizantes (incorporativos, introyectivos, interiorización, apropiación), pero, tal como se señaló en el apartado 5.4.3. del tomo 2, en un desmontaje de las identificaciones secundarias edípicas y de las narcisistas, el protosujeto construiría representaciones diferenciadas de sus objetos de identificación. En esa construcción la proyección participaría a mínima. Melanie Klein amplificó al máximo esa presencia en su *identificación proyectiva*.

⁶ Después vendrá la significación retroactiva con punto de partida en la adolescencia. Es evidente que lo sucedido en la infancia –momentos primigenios de la estructuración de una subjetividad– deja marcas fundamentales. Lo que allí acontezca, determinará –seguramente– el futuro de ese sujeto. Sin embargo, también es cierto que lo que acontecerá más tarde, resignificará lo que ha ocurrido antes. En otros términos, la repetición no excluye la resignificación retroactiva y ésta, a su vez, no excluye la repetición. Hay allí una relación dialéctica en juego: el hecho de que lo acontecido en la infancia vaya a determinar lo que sucederá más tarde, ha quedado incluido en el concepto psicoanalítico de compulsión a la repetición. Por otro lado, la noción de significación retroactiva implica la existencia de una reorganización –*a posteriori*– de aquello que se ha constituido antes. Sin desconocer que las matrices iniciales son especialmente significativas y que se suele volver a ellas en los momentos de crisis, considero que a lo largo de la vida pueden acontecer hechos y situaciones que generen vuelcos muy

significativos, a veces tanto o más importantes que las primeras relaciones con el pecho. Lo esencial consistirá en abandonar modelos determinísticos muy rígidos y unilaterales, para sustituirlos por una multifactorialidad. Pienso más bien que no hay un destino predeterminado o establecido muy precozmente para el sujeto sino más bien configuraciones que se van construyendo y sustituyendo en el tiempo.

⁷ El psicoanalista francés utilizó el sintagma “inmixión de Otredad” que hago mío en el contexto de esta propuesta. Estos tres vocablos formaron parte del título de la conferencia que dictó el 21 de Octubre de 1966 en la Universidad John Hopkins de Baltimore, Estados Unidos, a la que tituló: “Acerca de la estructura como mixtura de una otredad, condición *sine qua non* de absolutamente cualquier sujeto”.

Esa alocución fue publicada en *Acheronta*, revista de Psicoanálisis y Cultura, Buenos Aires, número 13, con traducción de Leonel Sánchez Trapani. En el número siguiente de la misma podrá leerse una nota filológica de Pablo Peusner que aclaraba el significado del término *inmixión*, anglicismo que proviene de la palabra *immixing* que Lacan utilizó en la conferencia aludida. Este término refiere una mixtura de diversos elementos con una característica añadida: lo esencial de cada uno de ellos quedará disuelto al integrarse y participar de una mezcla. Una vez desleído el elemento en la nueva combinación será imposible volver al estado anterior. No habría reversibilidad de ese proceso.

Durante años, sin tener conocimiento de ese sintagma lacaniano, explicaba ese fenómeno de mixtura imposible de descomponer en sus elementos constitutivos iniciales, en relación a la combinatoria de rasgos que realizaba el protosujeto con las marcas implantadas por aquellos que encarnaban el lugar del Otro. Utilizaba el ejemplo siguiente: el clásico vaso con agua en que se limpiaba el pincel cuando se usaba ténpera para colorear una imagen; el uso sucesivo de diferentes colores y sus enjuagues correspondientes iría produciendo cambios en el color del líquido del vaso. Salvando las distancias, esa situación ilustraría el trabajo de metabolización e integración -en nuevas combinatorias- de los rasgos psíquicos implantados en el candidato a sujeto. Mezcla singular y a la vez no desmontable, que diferenciará los rasgos inscritos, integrados y metabolizados de aquellos rasgos unarios que moraban en lo inconsciente de sus portadores originarios. Este asunto será tratado nuevamente y con más detalle en páginas siguientes, en el apartado 2.6. de este mismo capítulo.

⁸ Un largo recorrido de estudio y de investigación acerca de la *topologería* de Lacan dieron fundamento a los diversos párrafos de éste y de otros apartados en los que he descartado las divisiones tajantes entre el interior y el exterior. Como fruto de dicha labor sobre los aspectos topológicos de la enseñanza de Lacan publiqué *El espacio psicoanalítico* (2004); *op. cit.*; en su capítulo 3 traté acerca de la banda de Möbius y la superficie topológica conocida como botella de Klein; me permitieron entender desde una perspectiva topológica esa continuidad entre un supuesto “dentro” y un presunto “fuera”, palabras que entrecorren porque pierden sentido en el seno de un espacio concebido möbianamente. En el capítulo 6 del tomo 8 he detallado aquellas facetas de la *topologería* lacaniana que hicieron especialmente referencia a la temática de la identificación.

⁹ En la TIL es diferente: el Otro sería *introyectante*; la parte activa la realizaría el objeto, por ser éste quien inscribe o implanta rasgos unarios (significantes).

¹⁰ En el Seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis* (1964-1965) Lacan planteó la articulación de la botella de Klein con los tres tiempos lógicos: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Estos tiempos eran, asimismo, las coordenadas del Otro, entendido como lugar y como compañero del lenguaje.

“Ese campo del Otro se inscribe en eso que yo llamaría las coordenadas cartesianas, una suerte de espacio de tres dimensiones, pero, de tal manera, que no se trata ya del espacio sino del tiempo.”

Este párrafo anticipó un anudamiento complejo del tiempo y del espacio que Lacan abordó, años más tarde, en sus seminarios *R.S.I.* (1974-1975) y *Topología y tiempo* (1978-1979). Si bien esta ligazón de ambas categorías no fue una idea original de Lacan –Einstein, por ejemplo, ya lo había postulado– lo nuevo de la propuesta del psicoanalista fue eludir tanto la espacialización del tiempo como la temporalización del espacio, basadas en un tiempo lineal y en un espacio euclídeo. Al psicoanálisis no le interesaba especialmente el tiempo de la física ni el espacio de la geometría. Lacan postuló una doble articulación: a) la de los tiempos lógicos y los tiempos del inconsciente con un espacio topológico; y b) la de todo ese conjunto con el Otro. Se trataba, si así podía decirse, de la espacialización de la relación temporal del sujeto al Otro; formulación que condensaba los significados propios que cada uno de esos cuatro términos tenía en la teoría lacaniana. El psicoanalista francés aprovechó para tales menesteres, las propiedades de la botella de Klein, versión topológica del inconsciente y superficie en que se articulaba el sujeto con el Otro, para realizar los dos anudamientos señalados. La continuidad entre interior y exterior –propiedad fundamental de este objeto topológico– posibilitaba dicho anudamiento entre el sujeto y el Otro.

En *Topología y tiempo* (1978-1979) articuló ambos elementos que dieron título a este seminario. a través de su tópica de los tres registros. Reelaboró su idea de que el tiempo en psicoanálisis era un efecto de la estructura. Tal postulado se vio reafirmado y potenciado al final de su obra, con la aparición de los nudos borromeos. Pero, en esta última época, ya no todo era significativo en la estructura, la temporalidad adquirió mayor relevancia.

¹¹ Remito a *El espacio psicoanalítico* –pp. 252 a 258– para más detalles sobre la topología del ocho interior. Lacan lo articuló con la transferencia. Por mi parte, lo he recreado en diversas comarcas teóricas psicoanalíticas, dándole multiplicidad de usos. Por supuesto, también en los territorios de la identificación. El esquema de la interacción entre primarias y secundarias sería un ejemplo; también, el par de diagramas que fueron incluidos en el apartado 2.4. de este mismo capítulo. En el apartado 8.4.2. del tomo 9 se encontrará una representación del ocho interior utilizada en la resolución de la llamada paradoja de Russell. En 6.5. se lo utilizó también para articular cuatro conceptos: identificación, demanda transferencia y deseo.

¹² Pueden leerse más detalles acerca de esta problemática en el capítulo “Clínica de las identificaciones primarias”, en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 209 y siguientes.

¹³ Las principales aportaciones de Gödel a la lógica matemática, a la física y a otras disciplinas ha sido considerado en el Anexo al capítulo 5; más específicamente, en A5.11.3. Allí se expuso acerca de su teorema de la incompletud, que tuvo repercusiones importantes en matemáticas, física e incluso en la filosofía. Gödel criticó el formalismo puro en matemáticas.

¹⁴ Todos estos mecanismos fueron examinados en detalle en I, 2.

¹⁵ Estas ideas se explicitaron especialmente en sus artículos *La negación* (1925) y *Esquema de psicoanálisis* (1940 [1938]). Del primero puede deducirse una manera original de pensar la relación con la realidad: no se trataba de una simple percepción de la misma sino de una construcción en la que el fantasma –elemento psíquico por excelencia– intervenía significativamente. En el segundo texto planteó que el aparato psíquico tenía una extensión en el espacio y que el espacio mismo podría ser visto como la extensión de la psique.

¹⁶ Gárate, I. y Marinas, J. M., insistieron en su libro *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú ediciones, Madrid, 1996, que el término francés *jouissance* debería traducirse al español mediante el vocablo gozo.

¹⁷ Véase El espacio psicoanalítico, *op. cit.*, pp. 372 a 382.

¹⁸ En mi libro *El espacio psicoanalítico*, *op. cit.*, p. 72 y ss. incluí un ejemplo clínico que daba cuenta de la naturaleza del espacio que se está comentando y de su vigencia en la praxis clínica. Tras la exposición de una viñeta clínica, formulé las siguientes preguntas que reitero en este contexto: ¿Cómo concebir el espacio que envuelve al diván y al sillón? ¿Cómo trascender lo meramente descriptivo de esa situación, que nos habla de distancias físicas, de contornos anatómicos, fáciles de medir y dibujar, pero que no reflejarían la complejidad de los fenómenos allí existentes? ¿Cómo pensar, por ejemplo, el espacio que ciñe la relación entre ambos en el preciso momento en que el analizante sueña con su analista? O, a la inversa, cuando el analista tiene un sueño con su analizante. ¿Qué espacio puede dar cuenta de la situación que se crea tras una interpretación que analizante y analista juzgan de manera compartida como acertada?

En las páginas siguientes del volumen citado se dilucidaron las características del espacio analítico en tanto topológico.

¹⁹ Fernando Colina, en su excelente libro *Melancolía y paranoia*, Editorial Síntesis, Madrid 2011, p. 23, escribió:

“La lengua es el caparazón lingüístico que reboza la realidad para volverla cognoscible, de forma que cuando se resquebraja, las cosas dejan de estar en su sitio natural y se descolocan o avanzan hacia uno cargadas de una oscuridad inefable y enigmática. No otra parece la tragedia del esquizofrénico, la de comportarse como un poeta que alcanza lo más profundo de la palabra pero que, llegado a aquellas fuentes inescrutables del verbo encuentra persecución y voces extrañas.”

En este mismo libro Fernando Colina caracterizo la psicosis como una catástrofe del lenguaje.

²⁰ Quiero agradecer al psicólogo y psicoanalista Eduardo Mardarás, gran estudioso de los sistemas complejos y de la teoría del caos, haberme puesto en contacto con las nociones de autodesorganización y autoreparación. Su libro *Complejidad y evolución en las relaciones de trabajo*, editorial Aresta, Barcelona, 2011, es altamente recomendable para aquellos que estén interesados en ampliar conocimientos sobre este tema. He encontrado en él una caracterización precisa y ordenada de las características y propiedades de los sistemas complejos. Por otra parte, el diálogo que mantuvimos me permitió a utilizar una terminología más precisa y coherente con la teoría de la complejidad. Volveré sobre algunas cuestiones terminológicas en la nota subsiguiente.

²¹ Ilya Prigogine, en su libro, *¿Tan sólo una ilusión?*, pp. 160 y ss.; Editorial Tusquets, Barcelona, 1983 planteó que un cristal sería un ejemplo típico de las estructuras en equilibrio. Una vez formado, no requeriría ningún intercambio de energía con el medio ambiente para mantenerse. El mundo del equilibrio sería homeostático; las escasas fluctuaciones serían absorbidas por el sistema. Por el contrario, las estructuras disipativas estarían alejadas del equilibrio y no podrían existir al margen del mundo externo y si se cortaran los flujos a doble vía que se establecen con el medio, ellas tienden a la destrucción. La lejanía del equilibrio constituye según este científico el dominio por excelencia de la multiplicidad de soluciones. Lo nuevo quedó estrechamente asociado en Prigogine a la irreversibilidad del tiempo. En *El nacimiento del tiempo*, publicado en 1988 sostuvo: “bajo el signo de la recuperación de la importancia del tiempo y de los procesos irreversibles se puede construir una nueva alianza entre el hombre y la naturaleza”. (Hay versión castellana de Tusquets editores, Buenos Aires, 2012).

En una conferencia titulada “Enfrentándose con lo irracional”, incluida en *Proceso al azar*, p. 158, Tusquets editores, Barcelona, 1986, afirmó: “La evolución de la ciencia en las últimas décadas ha creado una nueva situación. El mundo del arte y el mundo de la ciencia ya no están ideológicamente enfrentados. La multiplicidad de significados, la opacidad fundamental del mundo, están reflejados por nuevos lenguajes y nuevos formalismos.”

Las propiedades de los sistemas complejos serán expuestas en el apartado siguiente. Tras la finalización del cuarto y último capítulo de este volumen, en la sección titulada BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA, aparecerán un conjunto de escritos desde los que llevé a cabo importaciones hacia el psicoanálisis. Algunos volúmenes han sido redactados por Prigogine en colaboración con Isabel Stengers. Tomar contacto con la teoría de la complejidad también me abrió la posibilidad de acercarme a otros autores que trataron el mismo tema desde diferentes ángulos: F. Capra, H. Atlan, R. Thom, H. von Foerster, H. Maturana, F. Varela, E. Morin, J. Wagensberg, B. Mandelbrot, R. Margalef y otros.

²² La realización de importaciones de conceptos de una disciplina a otra es una cuestión compleja que requiere tomar muchos recaudos; no podemos trasladar descuidadamente modelos de una a otra. Cada disciplina tiene además un lenguaje propio y en el caso particular de las teorías de la complejidad y del caos se trata de uno que es más bien alusivo, metafórico, bastante ambiguo y paradójico, dada la necesidad que tiene de dar cuenta de sistemas multidimensionales, en perpetuo movimiento y transformación.

Es por lo tanto distinto del lenguaje de las ciencias exactas, pero también del que emplea el psicoanálisis. Este último sigue sustancialmente ligado a la terminología freudiana que, como es sabido, tuvo algunas raíces en la filosofía, en las ciencias médicas y en la física. Estas raigambres -sobre todo los modelos de la física- le han provisto de algunos vocablos demasiado estáticos y mecanicistas como la noción de *aparato psíquico*. La solera que tiene ese vocabulario hace casi imposible suplantarlos. Y también cabría preguntarse si es necesario hacerlo, dado que no se trata de fusionar ambas disciplinas sino de crear interacciones entre ellas. Por esos y otros motivos adicionales no resulta fácil trasladar el lenguaje y los conceptos desde la teoría de la complejidad al psicoanálisis.

²³ El sistema es más amplio aún al estar siempre presentes y activos los factores sociales y culturales. Ellos fueron tratados al comienzo de este mismo capítulo, en el que se aplicó un enfoque “macro”. En este apartado la aproximación será distinta: se intentará poner de relieve aquello que bien podría llamarse la *microscopía de la identificación*. Sin embargo será útil tener como telón de fondo algunas consideraciones acerca de los vínculos entre lo psíquico y lo social, cuestión que no debería simplificarse. La formulación propuesta en 2.4. de este mismo capítulo: “La identificación es un concepto límite entre lo psíquico y lo social. Lo psíquico es lo social subjetivado”, llevaba implícito que, para que lo social devenga psíquico tenía que producirse un pasaje complejo. En nuestra praxis, no nos será útil un reduccionismo sociologista: los síntomas psíquicos, al estar determinados por lo inconsciente, la pulsión, el fantasma y el narcisismo, son muy personales y singularizados. Por otra parte, considerar al sujeto psíquico aislado de lo social, como puro deseo, pulsión o inconsciente sería desarraigarlo de lo social y cultural propio del momento histórico en que está viviendo; sería un reduccionismo psicologista, tan poco válido como el primero. Demás está decir que entre lo psíquico y lo social se establecen bucles recursivos. Estos aspectos se hicieron patentes mediante dos esquemas insertados también en el apartado 2.5. Las relaciones entre el sujeto y entorno social son möbianas: plantean una continuidad entre el dentro y el fuera. En el capítulo 3 de mi libro *El espacio psicoanalítico, op. cit.*, p. 62 y ss., dedicado a la banda de Möbius, se describieron las características de ese tipo de relación.

²⁴ *Mirar con otros ojos*, de Denise Najmanovich, Editorial Biblos, p. 28, Buenos Aires, 2008. Se trata de un libro interesante y muy ilustrativo sobre el pensamiento complejo. Aborda también los nuevos paradigmas en la ciencia. En relación al concepto de *posición* cabría recordar que Lacan utilizó diversos sintagmas: *posición del analista*, *posición del sujeto*, *Posición del inconsciente* [título de una alocución suya en el congreso de Bonneval (1960), incluido en *Escritos*].

²⁵ Convendrá algunas aclaraciones sobre el vocablo *poiesis* antes de referirme a la autopoiesis recién mencionada. Para tales efectos se recomienda revisar las notas finales número 67 del capítulo 7 –tomo 8– y la número 9 del capítulo 1 de este mismo volumen.

Ahora bien, retomando el término autopoiesis de los biólogos chilenos debo aclarar que personalmente he utilizado dicho vocablo con un sentido más restringido y diferenciado del que le otorgaron sus creadores, quienes lo refirieron básicamente a sistemas biológicos autopoieticos moleculares. El empleo diferente implica no haber realizado

un trasvase automático desde el territorio biológico al psicoanalítico. Evidentemente, no hay autopoiesis *del* sujeto; podría haber algunas funciones autopoieticas *por parte del sujeto*. Incluso criticaré esta noción en páginas posteriores, más específicamente al final del apartado 2.7. de este mismo capítulo, cuando haga alusión a la autopoiesis dentro de un ptolomeísmo extremo en el terreno de la identificación. En el surgimiento del sujeto operaría claramente un determinismo *psíquico* dado que se está produciendo la transmisión intergeneracional inconsciente de fantasmas, deseos, actividades pulsionales y narcisistas, yoicas, superyoicas, discursos de los múltiples otros. Estas influencias desde la alteridad no excluiría que el propio sujeto fuera capaz de generar actitudes y funciones originales, que no le fueron transmitidas. Lo recién dicho es el significado principal que le otorgo al término *autopoiesis* en el terreno psíquico. Se recalcará lo dicho con otras palabras: el sujeto no es *causa sui*, (causa de sí mismo), tal como fue señalado en múltiples ocasiones en estos *Estudios*.

²⁶ Si se colocara como telón de fondo a la TIF, TIK y TIL se podría conjeturar que esta labor podría ser realizada tanto con los rasgos unarios que el Otro implantaría al protosujeto (Lacan), como con los *einziguer Zug* de Freud y también con los “objetos buenos, enteros, no disociados previamente”, que serían introyectados en el núcleo del yo. Sobre esta modalidad identificatoria kleiniana véase el apartado 9.5. del volumen 5.

²⁷ Lacan propuso una modalidad de causalidad sorpresiva, disruptiva, proveniente desde lo Real; es decir: no provendría de la batería de significantes inconscientes del *esebarrado* (vinculada con lo Simbólico). La temática de la causalidad en filosofía y en psicoanálisis más algunas consideraciones sobre el azar fue expuesta con detalle en 7.10. del tomo 8, al tratar sobre la *tyché* y el *automatón*. En diversos apartados del capítulo 8 del tomo 9 también se evocó lo azaroso en relación a la teoría de los juegos y a su posible presencia en las cadenas de significantes en la asociación libre.

²⁸ Véase en el apartado 5.11.1. del tomo 7 los cuatro discursos que propuso Lacan; en relación al tema que se está tratando convendrá tener presente lo afirmado sobre el discurso del Amo. A esos cuatro discursos el psicoanalista francés agregó un quinto: el del capitalista.

²⁹ Estos temas han sido tratados en el apartado 7.11. (la alienación imaginaria y simbólica) del tomo 8 y en 8.4.2. del tomo 9, donde se expuso e ilustró el par alienación-separación; allí se remite.

³⁰ Esta idea –la inscripción simultánea de la semejanza y la diferencia– es, a mi juicio, otro de los aportes valiosos de Lacan al tema que nos ocupa. Es llamativo que muchos analistas lacanianos olviden esta dialéctica, subrayando únicamente los aspectos de alienación que toda subjetivación conllevaría necesariamente.

